

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ENERO 30 DE 1898.

NUMERO 5.



Complicidad inconsciente.

Dibujo de Antonio Bribiesca.

LA SEMANA

Ha regresado ya el Presidente de la República de su viaje triunfal por los Estados de Veracruz, Tamaulipas y San Luis Potosí. Bailés, serenatas, banquetes, aclamaciones entusiastas lo han acogido por todas partes: en todo el trayecto se le han tributado no solo los honores que exige su alta investidura, sino las manifestaciones más espontáneas y sinceras de adhesión y de simpatía. No puede ser de otro modo: háse necesitado la labor emprendida, inmensa, la obra colosal realizada por el General Díaz, para unir en una sola aspiración á todos los mexicanos, para vencer las veleidades con que suelen pagar los pueblos su deuda con los gobernantes y para ver crecer, consolidarse y depurarse una popularidad que para tantos hombres de Estado ha sido efímera.

El General Díaz no llegará á mendigar, ciego y abandonado como Edipo; ni tendrá como Cincinato que volver á la vida apacible del campo; ni verá el peñón de Sta. Elena, ni lo congelará la soledad de Friederichsruhe; la evolución de su destino está ya trazada: gobernará mientras viva, sin decaer, sin degenerar y mirando cada día más firme y más gloriosa la posición que sus energías, su genio y sus virtudes le han sabido conquistar.

Si la felicidad consiste en encontrar y ejercer el género de actividad que conviene á las facultades del alma y á las energías del cuerpo, en forjarse dentro de ese programa un ideal noble, grande y elevado, batallar por realizarlo y llegar á alcanzarlo, el General Díaz debe reputarse uno de los mortales más dichosos; no por su posición elevada, no por su gloria, no por el bien que le ha cabido en suerte hacer á su país y á sus compatriotas, sino por la maravillosa y completa adaptación de sus capacidades, de sus inclinaciones, de sus aspiraciones, de todo su ser moral y de todo su organismo físico al género de destino á que estaba llamado y que ha sabido cumplir.

Temperamento activo y batallador por naturaleza, le han seducido siempre las grandes empresas, los intentos temerarios, las cosas que parecen imposibles. Para un carácter como el suyo el descanso es hastío, la tranquilidad *spleen*, suplicio la inacción. Cuando ante su paso se hiere el obstáculo, experimenta la misma deliciosa impresión que cuando la pieza de caza pasa ante su certera carabina. Bien que se le otorga, satisfacción que llueve del cielo, adquisición sin esfuerzo y victoria sin lucha, no lo seducen ni lo atraen, ni lo estimulan. Ha vivido, vive y vivirá luchando; pero la lucha no lo enerva, ni la resistencia lo fatiga, ni la derrota lo desespera; antes al contrario, acrecientan en su espíritu la presión de sus inagotables energías y en su cuerpo de atleta la tensión de las fibras y la contracción de los músculos.

Para él las fatigas, los peligros y zozobras de la guerra son un ejercicio fácil, grato, restitutor; todavía sabe descansar trabajando y cuando reposa su espíritu, entra en inmediata actividad su cuerpo. Cazador, nadador, buen jinete, tirador habil, tal parece que no lo fatigan bastante los trabajos del poder y que tiene que abrir la válvula de desahogo á energías que se creían ya agotadas.

Con este temperamento sanguíneo en lo físico y batallador en lo moral, se combina una dosis incalculable de sangre fría y de serenidad, casi diríamos de apacibilidad. Sediento de combate, no lo provoca ni lo acepta sin necesidad y sin razón; si su temperamento lo orillaría á crearse dificultades y á suscitar conflictos, en cambio su reflexión serena, fría, le sugiere conciliaciones, transacciones, contemporizaciones indispensables, necesarias en la vida política.

Capaz de medirse con todos, jamás provoca á nadie y arroja el guante solo al que se lo arranca á él de la mano.

Siendo hombre superior y hombre fuerte, tiene un inmenso espíritu de tolerancia para las debilidades, las miserias y los vicios humanos, solo limitada por la consideración del bien público. Su trato es de una afabilidad y de una corrección social envidiables, sabe tratar á todo el mundo y dar su lugar á todos. Tiene por la mujer en general una consideración y un respeto verdaderamente ingleses. Su palabra, antes difícil é inescrutable, es hoy de una gran fluidez, de una completa facilidad y llega á ser, en momentos solemnes, de una elocuencia vigorosa á la vez que persuasiva. Su estilo es pintoresco, su frase descriptiva; es el estilo de un observador sagaz que abarca y comprende de un solo golpe y pinta con

un solo rasgo. Saca, para persuadir, un gran partido del refrán, de la anécdota, del modismo militar.

Sus modales son de una intachable pulcritud, viste con elegancia severa, y limpieza minuciosa, es sobrio, sano, vigoroso, marcial y de alta estatura. Al verle se percibe que no hay un atributo de su persona que desdiga del conjunto y que no forme un todo regular y armónico, y sus costumbres personales, del más severo puritanismo completan una personalidad nacida para el mando, predestinada á la celebridad, llamada á altos y prosperos destinos.

Con un lineamiento distinto en su físico ó una facultad diferente en su cerebro, el General Díaz no hubiera llegado á la alta cumbre donde hoy asienta su prestigio. Los hombres eminentes son como los cronómetros: deben estar contruidos con precisión y engranados con armonía, deben los resortes ser sólidos, los ajustes matemáticos, los engranes perfectos; necesitan estar bien protegidos y ser de un metal á la vez duro, tenaz, elástico, inoxidable. El General Díaz estudiado física, intelectual y moralmente, da idea de esos aparatos que crea la industria moderna y que poderosos como locomotoras, son exactos, precisos y delicados como cronómetros. Solo una estructura y tan bien equilibrada podía haber acometido y llevado á cabo obra tan compleja, tan difícil, tan peligrosa y tan fecunda como la que el General Díaz ha podido realizar.

Se admira en él, generalmente, al soldado, al gobernante, se mide su valor por sus éxitos, por sus triunfos; sin embargo hay algo más interesante: el hombre, la armonía y el poder de sus facultades. Así estudiado, la posteridad lo presentará como uno de esos organismos privilegiados que no esperan todo de las circunstancias sino que las crean.

Nació organizado para grande hombre y lo es y lo hubiera sido en éste ó en cualquiera otro medio, en estas ó en otras circunstancias.

Lo sensible es que cuando la naturaleza crea un hombre así, rompe después el molde.

Concluyó la temporada taurina de Mazzantini y el torero *clubman reintegra el domicilio conyugal*, dejando en el campo, como recuerdo de sus proezas, á su segundo mal herido y llevando consigo para memoria de su campaña á la mitad de su flamante ejército convertido en Cuerpo de Inválidos. Pocas jornadas tauromáquicas habrán sido tan desastrosas para el personal de lidia; y si la expedición se prolonga, es seguro que vuelve Mazzantini á España acompañado tan solo de un paquete de esquelas de defunción.

En presencia del entusiasmo, del frenesí que la bárbara diversión despierta aún entre nosotros; ante los tendidos llenos y los teatros vacíos; ante el tumulto á las puertas de la plaza y el vocerío dentro de ella; ante tantos hombres serios y no serios, pulcros y no pulcros, ricos y pobres, rojos de animación los semblantes, brillantes los ojos de regocijo, hirsutas las cabelleras en las expansiones de un positivo delirio; ante ese encallamiento momentáneo del hombre culto y ese transitorio regreso del ser civilizado á la barbarie, ocurre preguntar: ¿qué mágica atracción, qué misterioso prestigio, ejerce y posee ese espectáculo de sangre y de matanza y cómo puede el corazón palpar de alegría, las mejillas colorearse de placer, secarse la garganta de grata emoción frente á esas entrañas desparramadas, esos charcos de sangre esparcida, ese peligro inminente de la vida humana y ese sacrificio inútil de hombres y de animales?

Los adversarios del *sport* taurino fingen creer que es el solo género de placer bárbaro, que las otras formas del regocijo son pulcras, están calcadas en el «Manual del buen gusto» y ajustadas á los preceptos del «Catecismo del P. Ripalda» que las corridas de toros son las más peligrosas de todas las diversiones, y que solo una anomalía de raza ó de educación puede explicar la afición de los españoles y de sus derivados á ese espectáculo.

Nada es menos cierto; de una manera general puede decirse que todo *sport* es bárbaro y peligroso, que consume vidas de hombres y de animales, y que el pueblo ibero ni sus descendientes constituyen los únicos seres que gozan con el peligro, con la sangre y con la muerte.

La lucha, el pugilato, el *foot-ball* son espectáculos tan salvajes y peligrosos como las corridas de toros, y no se percibe diferencia entre ver á Mazzantini frente á un cornúpeto ó á Corbett frente á Fitzimonds.

Muchos pelotaris han muerto heridos por la pelota; en las carreras de caballos se condena á todas las formas del martirio; al hambre, á la dieta, á la castidad, al favorito y á su jockey y frecuencia se desnucan sin ulterior recurso. ¿Qué es la caza? Una hecatombe de seres débiles, inocentes, irresponsables, cubiertos muchos de ellos por la prescripción; y cuando se cazan fieras, no es el *sport* menos peligroso y ocasionado para los fervientes de San Huberto. En todo *sport* hay peligro y hay barbarie con la sola excepción, acaso, del *lawn tennis*, del billar y del baile y aún en estos dos últimos suele el peligro existir para el bolsillo y para el corazón y revestir carácter financiero ó moral.

Y lo peor del caso es que no solo todo *sport* es bárbaro y entraña peligros más ó menos graves, sino que esos atributos son necesarios, inevitables, esenciales á él. El *sport* es la resurrección de la vida física, animal del hombre primitivo. Los ejercicios deportivos son remedos y símbolos imitativos de los actos y de los procedimientos normales de la vida salvaje. Nuestros más remotos antepasados cazaban para alimentarse y vestirse y para destruir á sus enemigos animales. Montaban á caballo en sus excursiones de nómades; luchaban, combatían con las tribus vecinas; guiaban carros, manejaban armas, no por placer, sino por necesidad. Los moros conquistadores alanceaban toros para extinguir á esos seres dañinos que infestaban los montes y los hacían inhabitables é inexplorables. Los señores feudales cazaban, no por gusto, sino por necesidad, para alimentarse y también á sus siervos y para hacer posible la agricultura y la ganadería: para nuestros ganaderos colear y lazar son actos necesarios de su profesión. Saber dar un buen puñetazo ó poder derribar á un adversario fueron actos tan indispensables en el pasado, como hoy lo son saber leer y escribir.

Estas faenas penosas, estas fatigas rudas, estas imperiosas necesidades vanse convirtiendo y se han convertido en placeres, precisamente desde que han dejado de ser necesidades, según una ley general del espíritu hoy bien probada. Todo lo antiguo, por solo serlo, reviste carácter estético, y todo lo superfluo, lo inútil, lo arcaico tiende á ser bello. Las modas y usos del pasado, las costumbres, las necesidades de otra edad, el castillo feudal, el templo derruido, la choza primitiva, son hoy cosas profundamente bellas.

El *sport* reviste ese carácter de salvajismo, porque para ser bello necesita ser reminiscencia de hechos remotos, de actos ya antiguos é innecesarios y porque tiene que buscar sus modelos en los tipos bruscos, crueles, bárbaros de la humanidad primitiva.

No es esto, ¡librenos Dios de ello! un alegato en favor de las corridas de toros; reconocer el origen de un vicio, demostrar qué causas se oponen á su extirpación, no es defenderlo, ni aconsejarlo, ni pregonarlo. A medida que nuestras costumbres de civilizados envejecen, revestirán para nuestros sucesores formas bellas y llegarán á constituir diversiones más nobles y honestas; y así como del canibalismo no nos queda más que el beso, de todos nuestros *sports* bárbaros no quedarán más que símbolos inofensivos y recreaciones pulcras.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—OTRA VEZ EL EMBROLLO EN EL EXTREMO ORIENTE.—ALEMANIA TRIUNFANTE.—RIVALIDADES DE RUSIA Y AMBICIONES DEL REINO UNIDO.—LA VICTORIA POR EL CZAR.—TEMORES DE UN CHOQUE.—LA FIEBRE DE FRANCIA.—CRECE LA MAREA.—¿HAY PELIGRO PARA LA REPÚBLICA?—CONCLUSIÓN.

Aun no se ve claro en el embrollo del extremo Oriente; frente á frente quedan todavía las potencias en él interesadas, buscando astutamente la manera de sacar la mejor parte, sin ocasionar en lo posible un rompimiento que podría dar origen á una guerra continental.

La gran Germania ha tomado definitivamente posesión del puerto y bahía de Kiao-Chau que ambicionaba, prometiendo sin embargo, dejar libre entrada al comercio de todas las naciones.

Hábiles y entendidos los diplomáticos alemanes, han podido enarbolar su orgulloso pabellón en las remotas costas del Mar Amarillo, sin despertar las suspicacias de Rusia, sin excitar las rivalidades de Francia, sin provocar resentimientos por parte de la Gran Bretaña.

Su marcha ha sido tranquila y eficaz; no ha habido necesidad de la presencia del Príncipe Enrique para hacer prevalecer la voluntad del prepotente Kaeser

REGRESO DEL SEÑOR PRESIDENTE



EN LA ESTACION DE BUENAVISTA

EN LA CALLE DE CADENA

(Fotografías de «El Mundo»)

dóviles á sus indicaciones los hijos del Celeste Imperio, han cedido el territorio ambicionado, y dejan á los almanes fundar sus factorías, bases de populosas colonias para lo porvenir.

No así los dos imperios que se disputan la preponderancia sobre el vasto continente asiático; no así las dos potencias soberanas, rivales de abolengo por adquirir el predominio sobre los pueblos mongólicos y sobre los pueblos mahometanos del Oriente; no así las dos naciones más poderosas de la tierra que se combaten encarnadamente por el protectorado sobre Persia, la influencia sobre Turkestan, el dominio sobre los afganes, y sobre todo, el poder sobre las costas risiúenas del encantado Bósforo: como han estado ooultas ó francamente de enemigas irreconciliables en la revolución de los afridas, en las agitaciones secretas del Emir, en las vacilaciones amenazantes del Shah, en las veleidades criminales y cambios horriblemente inmorales del Sultán, también están frente á frente para explotar las ceguedades del Emperador de China.

Hasta hoy, en esa lucha infatigable, en ese desafío á muerte por el dominio de Oriente, la victoria ha estado á favor del Czar de todas las Rusias. Supo el omnipotente moscovita interponerse entre la espada vencedora de los japoneses, dispuesta á caer formidable sobre la cabeza de los chinos vencidos y humillados; alcanzó á detener la marcha triunfal y arrolladora del Mikado, y con esos actos que aparecieron á los ojos del mundo como muestras de clemencia y de magnanimidad para el vencido, llegó á asentar la planta en el territorio amenazado y extender como un cerco constructor los eslabones de acero del gran ferrocarril estratégico transiberiano hasta los confines de la Manchuria. Después ha tomado posesión de Puerto-Arturo desde donde domina todo el Golfo de Petchili y hoy disputa á la Gran Bretaña, el privilegio envidiable de proporcionar un empréstito de 16 millones de libras esterlinas, para las urgentes necesidades de la acuitada China.

El Gobierno inglés por su parte, no se ha dado por vencido. Despreciando protestas y amenazas que venían de Petersburgo, ha seguido impávida en la conquista del Soudán y hasta ha tomado posesión de la plaza fortificada de Kassala, cedida por los italianos, como punto avanzado en el agrio territorio de Abisinia; ha llegado á sofocar la formidable insurrección de los afridas, más ó menos abiertamente auxiliados por los afganes amigos de Rusia; ha conseguido establecer inteligencias entre China y el Japón, ayer enemigos irreconciliables y hoy casi ligados por secretos convenios; ha congregado formidables escuadras anglo-japonesas en las aguas del Mar Amarillo, que amenazan por un lado los puertos de Corea y por otro Puerto-Arturo donde se abriga la flota moscovita.

En tal situación, es de temerse un rompimiento; pero no vendrá asegurado por Inglaterra el empréstito chino y recobrando su influencia en el reino de Corea, todo podrá arreglarse pacíficamente, aunque se hayan oído gritos subversivos de guerra, en *meetings* y reuniones de los siempre tranquilos y serenos hijos de Albión.

La fiebre de agitación que ha sacudido el suelo frances por el asunto Dreyfus, y la irritación antisemítica, ha llegado casi á su período álgido. El sindicato constituido en las sinagogas para comprar conciencias y sobornar opiniones, á favor del deportado de la Guayana, no ha cesado en sus esfuerzos ni descansado en sus tareas.

Después de la exaltación que atizó la prensa vendida, el movimiento ha ascendido hasta los escaños de la representación nacional, y el mundo civilizado, que

ya mira con prevención los parlamentos corrompidos, y siente temores sobre la eficacia de ese engranaje tan importante en los pueblos modernos, ha visto asombrado escenas truhanescas, representadas por los diputados en plena Cámara Francesa, apropósito de un incidente en el asunto que caldea todos los espíritus y hace estremecer todas las conciencias.

Hasta hoy el gobierno que preside Mr. Méline ha podido permanecer firme, desafiando como roca enhiesta todos los embates de la tormenta; pero la marea crece, el oleaje azota con espumarajos de rabia, el odio antisemítico estalla tumultuosamente en las colonias africanas, y si no ha llegado todavía á su último extremo, aun son de temer horas de angustia para la tranquilidad de la República.

X. X. X.

27 de Enero de 1898

NUESTROS GRABADOS

Complicidad inconsciente

Hermosa juventud! Hermosa con sus alegrías, con sus emociones locas que hacen saltar el corazón como pajarito recién aprisionado, y borran de la imaginación todo lo que no sea amor.

¿Cómo se deslizan sus horas inolvidables, acariciadas por la esperanza, astro que brilla en el Oriente de la ventura sin que nube alguna lo empañe!

El grabado de nuestra primera plana copia del natural uno de esos instantes de arrobamiento celeste en que, como decía Víctor Hugo, el universo sereduca á un solo ser y ese ser se dilata hasta fundirse en Dios.

¿Qué le importa á la linda enamorada que un ladronzuelo rapaz le arrebató el pañuelo de fina batista? No siente la impresión del hábil escamoteo, pero si la sintiera tampoco haría caso, porque toda su atención la absorbe esa rosa que le ofrece su amado, prenda de dulce ternura, promesa de futuras felicidades.

Unos minutos más y la bella flor prendida en el opulento seno sentirá los desvanecimientos de la dicha y plegará envidiosa sus pétalos y exhalará en perfumes toda su alma.

Luego, marchita ya, irá á dormir el sueño eterno en el cofrecillo de sándalo que guarda las reliquias amorosas.

¿Y el pañuelo? Ese acabará sus días en el Patio de los Pericos de la Cárcel de Belén, ó en las floridas vegas del Valle Nacional.

Esas cosas de tanta valía no se venden. Las guardan los *ratas* como trofeos de guerra.

Judith

Ya consumó su acto heroico la atrevida Judith. Ya rodó exánime el aborrecido cuerpo del enemigo de su Dios y de su pueblo.

Gailarda, altiva, imponente como el ángel de la venganza, ni experimenta los estremecimientos del terror ni la punza el aguijón del remordimiento. Mató por que debía matar.

Es muy bella, pero no causa impresión de mujer. La sangre cuando mancha manos femeniles, debe ser de heridas que se restañan y no de heridas que se hacen.

Maria llorando al pié de la cruz, sin una palabra de odio para los asesinos de su divino hijo, es el prototipo exelso de la mujer.

¿Pero las que matan? Esas dan miedo, ya sea que se llamen Herodias Judith ó Carlota Corday. Dan miedo, no inspiran amor.

Sobre la nieve

Durante los últimos tres meses, la pobre viuda de Simón el molinero había tenido que vender el molino para pagar al médico y al cura los gastos de la enfermedad y entierro de su marido; y luego se fué desprendiendo de cuanto tenía para comprar leña con que calentarse ¡Estaba tan crudo el invierno! ¡Y eran tan largas las noches sin sueño de la viudez!

Llegó el día de San Silvestre, el último del año, y no hubo ni leña ni pan.

La niña decía á gritos que cuando vivía papá no pasaba eso, y la madre silenciosa y sombría sollozaba en un rincón.

Se habría creído que el buen Dios que da que comer á los pajarillos del aire y á las hormigas de la tierra, se había olvidado de la huerfanita; pero no, derrepente se transformó en idea y entró en el cerebro de la niña que exclamó:

—En la ciudad y en casa de tío Juan, hay cena de la noche buena de año nuevo. Vamos, mamá.

Ya era casi de noche cuando la viuda y su hija tomaron el camino de la ciudad; y á poco que anduvieron, empezó á caer la nieve en copos sutiles y menudos que se arremolinaban primero en el aire y luego se posaban suavemente sobre la tierra.

El viento frío, la nieve mucha y la distancia larga.....

¿Llegarian á la ciudad?

Ya se oía el canto de los gallos, el aullido de los perros y el rumor de la población, y se veía á lo lejos luz en todas las ventanas.

¿Llegarian?

Si! En la casa del tío Juan había un buen fuego. Se sentaron junto á la chimenea y una vez secos sus vestidos, se sentaron á la mesa.

Luego, cuando la niña se durmió, soñó que el alma de su padre la besaba en la frente.

Y era verdad!

Las victoriosas

Hoy engalanamos las columnas de EL MUNDO ILUSTRADO, con la copia de una fotografía en que se representa á las bellas damas que resultaron victoriosas en la regata de embarcaciones menores que hubo en Tampico en el Río Pánuco, y con la cual el bello sexo obsequió á la distinguida esposa del Presidente de la República.

Dicen nuestros corresponsales del puerto, que esa regata estuvo animadísima, y fué una de las fiestas más simpáticas que hubo allí durante la permanencia del Señor General Diaz.

PARAFRASIS.

Cuando ella supo cuál era mi vida sin un ser que mi ser pueda halagar, la miraba pasar enternecida al ver mi triste hogar.

Quizá la causa entonces presumía de mi letal angustia y soledad, pues siempre que pasaba, me veía con ojos de piedad.

Mas al saber que siempre fué por ella por quien amante el pecho palpito, atraída al hogar llegó mi bella y vacilante entró.

“Yo te amo,” entonces suspiró mi boca; y ella al mirar lo grande de mi amor; cayó en mis brazos delirante, loca pero ya sin temor.

GREGORIO ORIVE.



Judith.



Sobre la nieve.

El viaje del Sr. Presidente

La prensa diaria ha venido dando cuenta minuciosa del último viaje que hizo el señor Presidente á Veracruz, Tampico, San Luis Potosí y poblaciones del tránsito y en el que, como era de esperarse, fué objeto de las más calurosas y entusiastas ovaciones de parte de todas las clases sociales.

Hoy damos copias de varias vistas fotográficas tomadas en Tampico, donde el señor General Díaz fué recibido y atendido como corresponde á su alto carácter oficial y á las cualidades y virtudes privadas que lo adornan



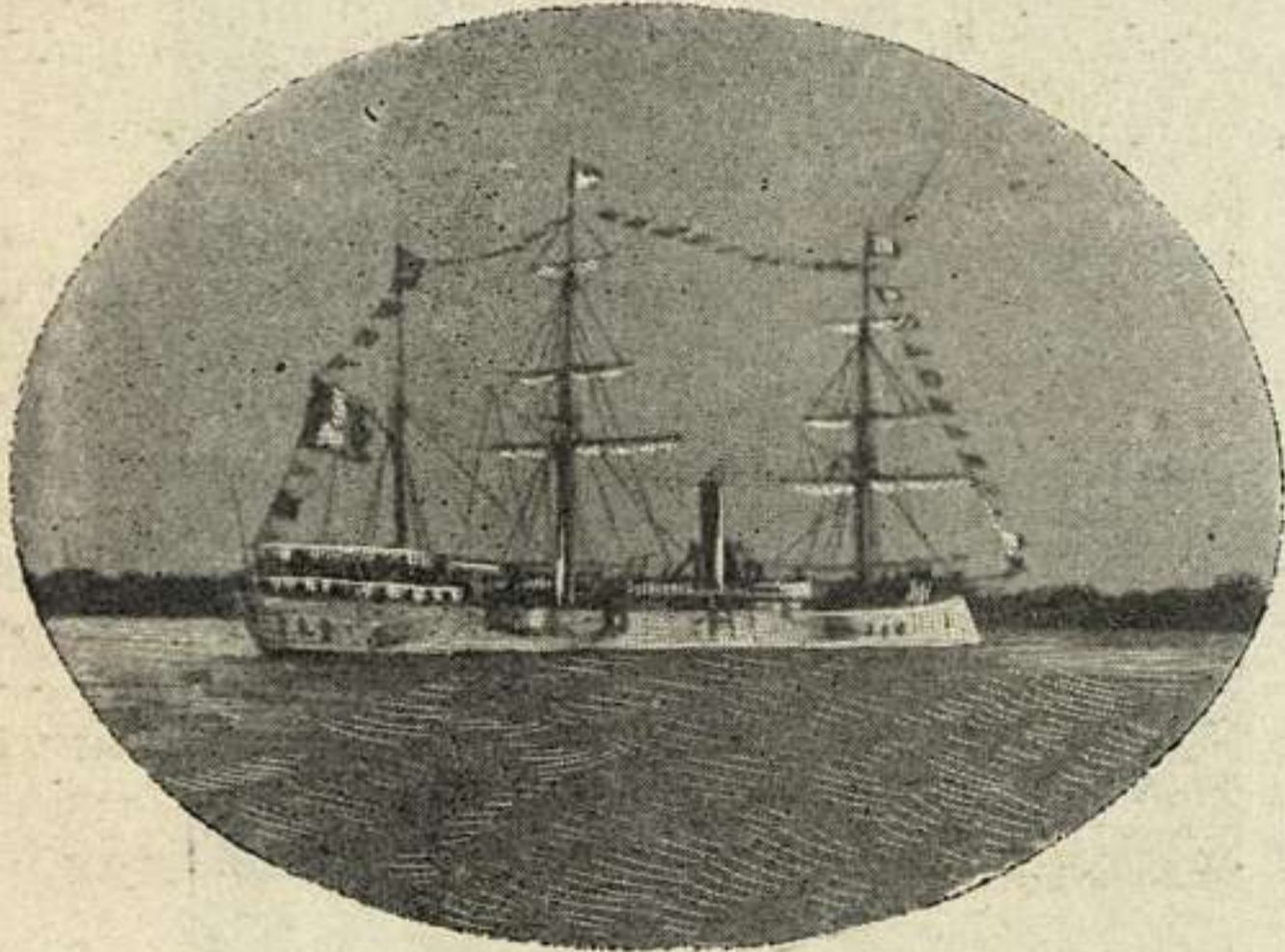
Casa que habitó el Gral. Díaz en La Barra. Fot. Ibañez.

En la noche del 16 del actual, según nuestras noticias, el Sr. Presidente á Tampico, donde más de 5000 personas lo esperaban en el muelle al cual llegó á las nueve y tres cuartos con su distinguida esposa y personas que lo acompañaban. Todo el trayecto desde el muelle hasta el Casino donde se le esperaba con un baile, estaba adornado é iluminado con elegante profusión. En el Casino, comisiones del Cuerpo Consular del Comercio y otras Corporaciones le hicieron los honores correspondientes, en tanto que varias señoras y señoritas atendían á la señora Romero Rubio de Díaz. El baile terminó á las dos de la mañana.

Al día siguiente una excursión al Pánuco, río arriba. La comitiva partió á las 10.35 a. m. del muelle fiscal, embarcada en dos grandes chalanes unidos, compuestos en forma de salón y remolcados por el alijador «Tampico». Dos músicas acompañaron á los excursionistas. A bordo se improvisó un baile y se sirvió un magnífico lunch.

Al regresar á Tampico á las cinco de la tarde, el señor General Díaz tuvo una grata impresión viendo á unos 300 hombres de las fuerzas rurales del Estado que lo recibieron con los honores militares correspondientes.

El 18 antes de amanecer, se emprendió la marcha á terrenos del Naranjal para una partida de caza que duró tres días y en la que como siempre el señor Presidente dió pruebas de ser un afortunado y diestro cazador.



El «Zaragoza» en el río Pánuco. Fot. Ibañez.

En fin, banquetes, bailes, paseos, cacerías, todo cuanto podía hacerle al señor General grata su permanencia en Tampico, abundó, dejándolo sumamente complacido.

En San Luis Potosí no recibió el viajero menores muestras de adhesión y respeto, á pesar de lo breve que fué su permanencia allí.

Desde mucha distancia antes de llegar á la estación del ferrocarril, se adornó el camino con postes, flámulas, farolillos de cristal de colores y luces de Bengala; la estación se engalanó con gusto y lujo, y las autoridades y empleados federales y locales y el pueblo, se esmeraron en hacer una recepción digna del personaje á quien se consagraba.

En resumen, Veracruz, Tamaulipas y San Luis han

competido en sus espontáneas, entusiastas y significativas demostraciones al Primer Magistrado de la República.

Ha sido muy justo hacer notar que todos los jefes de Estado gozan de vacaciones. M. Faure descansa á menudo de sus labores en excursiones á diversos departamentos franceses y aún á países extranjeros. El Emperador de Alemania visita á Inglaterra, Austria, Rusia é Italia. La Reina de Inglaterra pasa los inviernos en Niza. La Regente de España veranea en las provincias vascongadas, Mc. Kinley y Cleveland abandonan la Casa Blanca y se instalan en los balnearios de estío. Solo el General Díaz ha persistido años y años en su fatigosa tarea, sin un momento de reposo, sin una tregua á esta labor de hierro, que constituye el rasgo de mayor relieve de su enérgica personalidad.

Ya era tiempo de que se diera el placer de realizar algunos viajes de recreo como los que en los últimos meses ha hecho á algunos Estados de la Federación. Con ellos no solamente conseguirá solaz y reposo, sino que también avirá en el corazón del pueblo de los Estados que visita, el afecto y la estimación que siempre se le ha profesado.

El jueves último al medio día regresó el señor Presidente á esta Capital que también se engalanó coquetamente para recibirlo. Desde la estación del ferrocarril Central hasta su casa de la calle de Cadena, estaban adornados los postes de los teléfonos, los de la luz eléctrica y las fachadas de las casas particulares y establecimientos mercantiles.

Fuerzas de las tres armas le hicieron los honores de ordenanza, y como siempre fué objeto de vivas muestras de simpatía por parte del pueblo, que acudió á recibirlo y aclamarlo.

Ha regresado pues á sus tareas el infatigable hombre de Estado, cuya existencia activa y vigorosa viene consagrándose desde hace ya muchos años al servicio de la patria.

¡CULPABLE!

Aun ostentas al mundo tu hermosura cantada por las liras de los bardos; tu cuerpo airoso de inmortal blancura como una nivea floración de nardos!

Aun vives seductora y admirada y hecha de luz, de ensueño y de poesía; ¡pareces la mujer que fué soñada por Gauthier en su blanca sinfonía!

Más ¡ay!..... ¡mentira tu aparente calma! Ha tiempo que sollozas entre ruinas, y que del horizonte de tu alma huyeron las postreras golondrinas.

Y así, entre tanto que á tu paso arrancas tan honda admiración y todo alegras, vuelan en torno de tus sienes blancas mariposas muy negras!.....

Tiempo hace ya..... Las flores de tu alfombra vieron salir á Fausto una mañana..... Mefisto sonreía entre la sombra Y Siebel no ha tornado á la ventana!

Hoy, cuando todo lo recuerdas,—triste la impura frente, el corazón convulso— ves que no obrabas por maldad..... caíste, pero arastrada por extraño impulso.

¿Extraño?—Si, es verdad: sugestionada tu voluntad, no supo tu caída; acaso, acaso fuiste condenada desde el obscuro germen de tu vida!

Y acaso á tu dolor buscas consuelo acusando á la suerte, á tu destino, á la implacable mano que en el cielo te señaló el camino!

Sin embargo, mujer! podrás ser buena; más en la sed de amor que te enajena, nunca hallarás sino mortal encono..... ¿Donde ha de haber ¡oh pobre Magdalena! un Jesús que te diga: te perdono?

LIBORIO CRESPO.

LA NATURALEZA

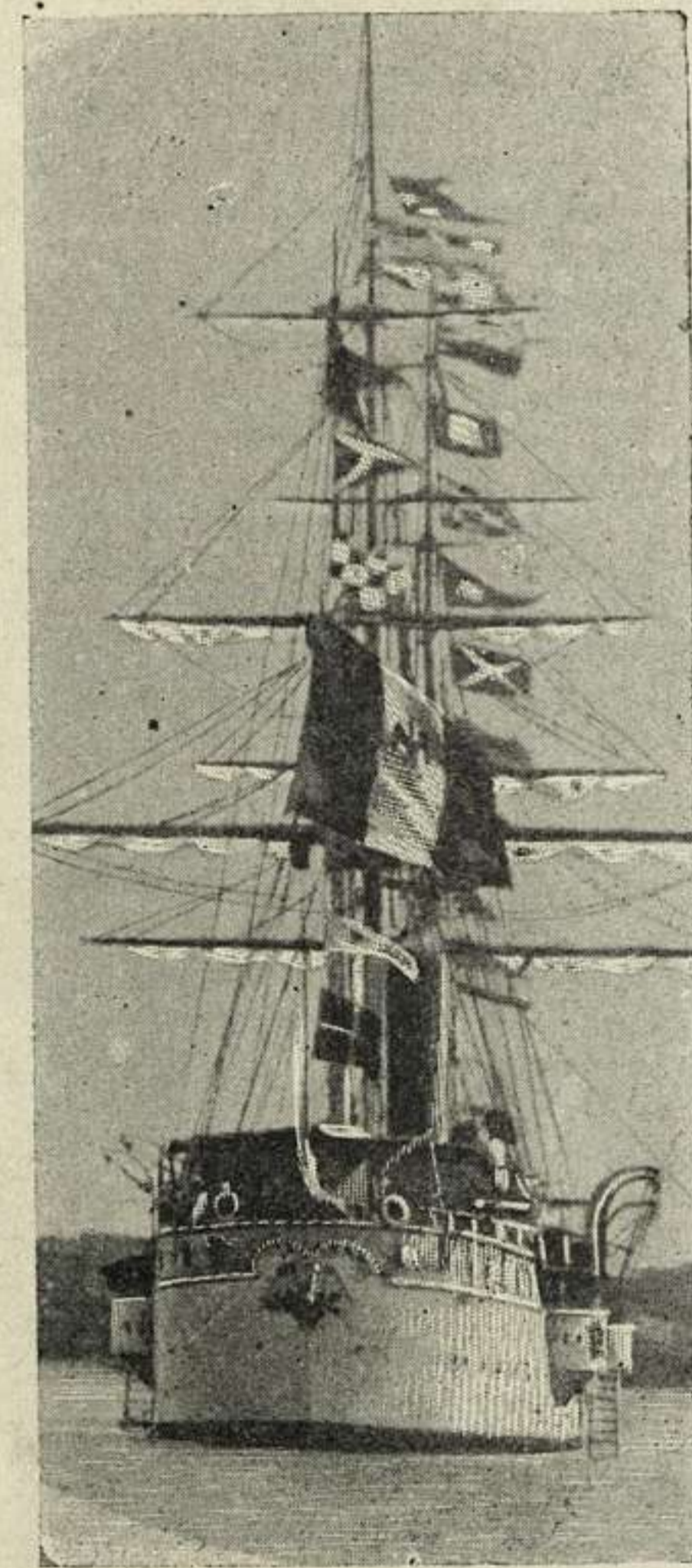
Entré en una inmensa subterránea sala de altas bóvedas. La sala toda iluminada por un resplandor que parecía salir del suelo

En el centro estaba sentada una mujer de grandioso aspecto, vestida de un amplio traje verde. Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Al punto comprendí que era la Naturaleza, y como



TAMPICO.—El Mercado



El «Zaragoza» en La Barra Fot. Ibañez.

súbito frío, llenóse me el alma de reverencia temerosa.

Acérqueme á la mujer sentada y después de saludarla con respeto, le dije:

—¡Oh, madre común! ¿en que estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posible?

Volvió hacia mí lentamente la mujer sus ojos sombríos, penetrantes y terribles: entreabriéronse sus labios y oí su voz resanante, como el hierro que choca con el hierro:

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos.



TAMPICO.—La Plaza.



Panorama de Tampico



LAS REGATAS EN EL RIO PANUCO.—Señoritas que tripulaban el bote «Delfin» triunfante en las regatas
Srita. Josefa Lopez, Srita. Elvira Torres, Srita. Teresa Salemne
Srita. Anita Lopez, Sra. Matilde López de Lippinet (Fot. Ibañez.)

El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto: es necesario restablecerlo.
—¡Cómo! exclamó balbuceando: ¿en eso estás pensando?... Y nosotros los hombres ¿no somos tus hijos predilectos?...
Ella frunció un poco el entrecejo.
—Todos los animales, dijo son mis hijos. De todos me preocupo igualmente, y á todos por igual los extermino.
—Pero... el bien... la razón... la justicia... murmuré
—Esas son palabras humanas, repuso la voz de hierro: yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón no es mi ley, y ¿qué es la justicia?... Yo te di la vida, yo te la quitaré: y se la daré á otros, á gusanos de



Arco en honor del señor Presidente
Fot. Ibañez.

la tierra ó á hombres, indiferentemente. Tú, mientras no te llegue la hora, defiéndete; y no me importunes más!

Quise replicar; pero la tierra toda en torno mio mugió sordamente y yo me estremeceí.....

Entonces desperté.
TOURGUENEF.

IVAN EL LOCO

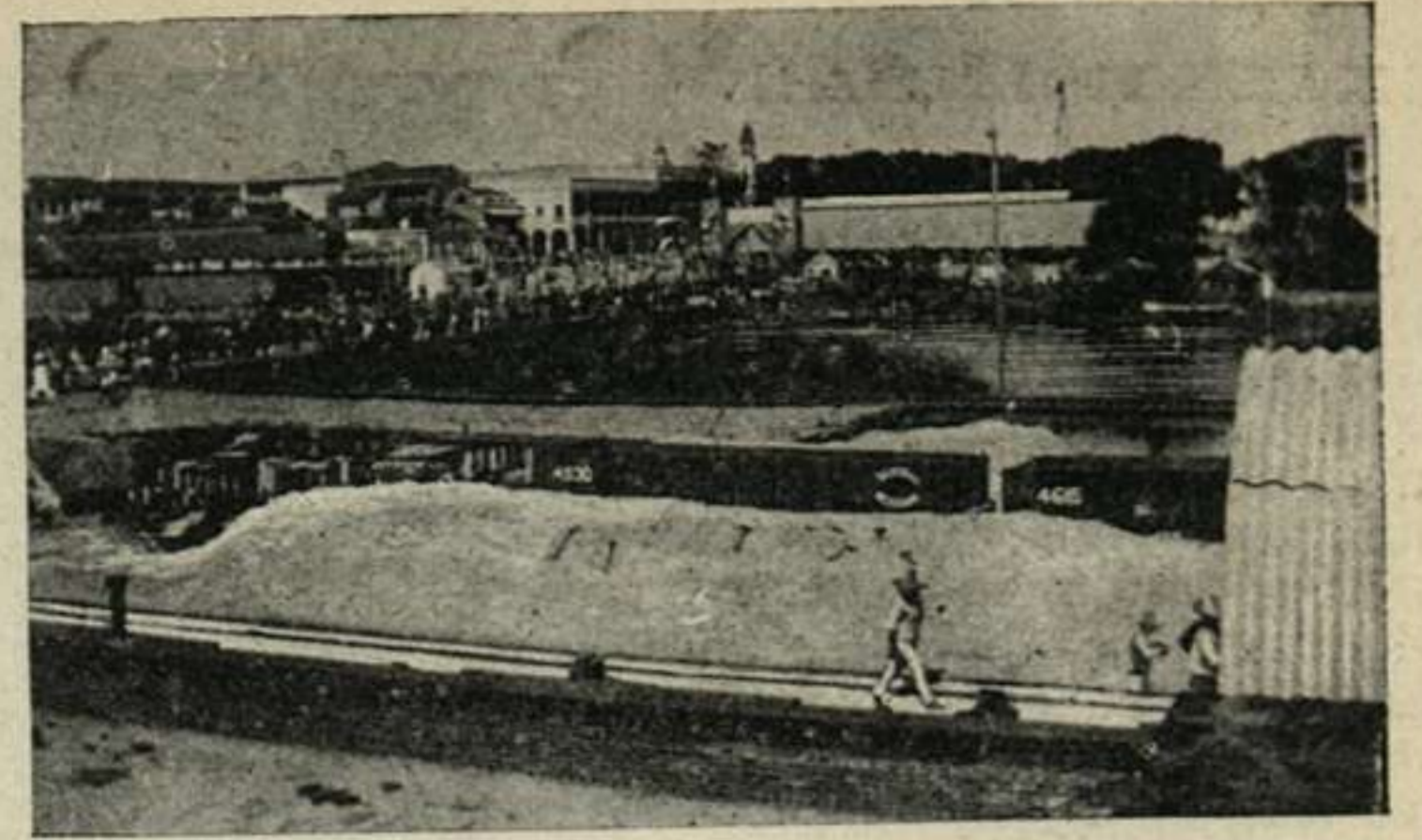
Sarah... Sarah, toma tu cintillo de coral y guárdalo. Abre un hoyo en la tierra tan hondo como mis penas, y por hondo, negro, como tus ojos: quítate tu basquiña roja y tus enaguas de raso azul, y vistete el sucio harapo de la bohemia errante; deshaz tus trenzas de ébano, desatando el hilo de monedas falsas que las anuda: desnuda tus piecitos de las chinelas acordadas, desaparezca de ti la hermosura de las hijas de Tyrol, para tornarte en la gitanilla ruin, transeunte abigarrada de villorrios, y sígueme: huye conmigo. Presto... iremos al Mediodía, allí donde el naranjo florece y la perspectiva hermosa no se reduce á los cielos opacos y á los álamos blancos de las montañas del Voralverg ¡te quiero tanto!

¿No sabes que quemarán nuestro hogar? Donde tu cuna se meció, el viento de la mañana barrerá cenizas. Ya no tendremos techo que detenga los plumones nevados del invierno, ni al amor de la lumbré del hogar cantaremos las endechas de las historias del país natal. Nosotros no debemos tener patria ni hogar! Mejor... mejor... nuestro hogar es nómade: hoy será la hoyo de un camino, mañana el umbral de

una puerta extraña, pasado... será un palmo de tierra capaz sólo para tapar un cuerpo! Por patria el mundo ¿qué no? ¡el mundo todo! ¡Si, el mundo todo, hasta que mi raza acabe! Ven... ven, sígueme, no vuelvas el rostro atrás, que allí quedan los que nos lanzan á la intemperie; si te conocieran virgen y hermosa te ultrajarían, y eso nunca mientras Ivan tenga sangre en las venas y un bordón recio como un basto!

Te has cansado, pobrecita, de andar descalza. Oye, ¿no sabes el sueño de un hombre agonizante al golpe de los que nos arrojan? Escucha: te lo referiré, pero no te entristezcas: ríe, ríe al oírlo, que es una moraleja. Cansado un tzingaro de huir sin rumbo, sin un pedazo de pan en la alforja, ni un centavo en el pañuelo, se sentó en una piedra á la entrada de una rica ciudad. A poco tiempo una hermosa mujer de tez blanca, no morena como la tuya, pasó á su lado. Su hermosura le pasmó, y en lugar de pedirle dinero, el loco le pidió amor. ¡Amor! y á quién? Ella le contestó riendo, y apartándose con asco de sus harapos, le dijo: ¡allí me esperan: allí están los que amo! Y así diciendo fué á besar en los carrillos á los niños que jugaban aventándose bolas de nieve en una plaza cercana. Era la Felicidad. Otra mujer pasó, más hermosa aún, pasó con sus ricos vestidos y su tren lujoso. —¿Y tú no me amarás?

—le preguntó el tzingaro. Aparta, importuno, aparta y no estorbes mi camino: ¿no ves que me esperan los que amo? Y huyó hacia una estancia que la luz anegaba y en donde echaban las cartas hombres inmensamente ricos. Era la Fortuna. Otra surgió, bella también! y cantando y riendo, como una manceba ebria. —Tú si me amarás, la dijo él. Pero ella le vió andrajoso, rió con desdén, y le dijo: «¡Yo no amo en razón sino á aquel que escribe hazañas ó versos sobre el dorso de letras de cambio!» Y siguió hasta llegar al ático de soberbio palacio. Era la Gloria. El lloraba de verse desdeñado, con la cabeza caída entre las manos, hasta que sintió que alguien le tocaba y se irguió. Eran tres mujeres: dos jóvenes, una habladora resuelta, de ademanes risibles, y otra muda, con el cabello suelto y vestida de negro. La tercera, vieja y asechadora. «Somos, dijo ésta, la Locura, la Tristeza y la Muerte, y amamos al que nos ame; sólo que yo amo la última porque me gusta amar eternamente; por eso voy siempre la última al caminar; al que aman la dicha, la fortuna ó la gloria, él concluye por desdeñarlas y amar á la Locura ó la Tristeza mientras yo llevo.



Entrada del Sr. Presidente á Tampico
Fot. Ibañez.

El amor de éstas lo conduce al mío. Sólo en mí está todo; fuera de mí todo es nada, yo soy la negación inevitable y la inevitable novia. La dicha al infinito agobia; la fortuna hastia y la gloria cansa: nada son dicha, fortuna ni gloria mientras no las altera el dolor, el deseo ó la ilusión. Con que ahora decide, ¿á quien amas? y él sintió el beso de la Tristeza vagar en sus labios, amando en secreto á la novia del amor! Al día siguiente un cuerpo semi oculto por la nieve amaneció en las afueras de aquella ciudad! ¡Pero vamos, vamos andando que ellos vienen! ¿No me sigues? ¿Donde estás? Já... já... já... ¡Te han cojido!... Sarah... Sarah mía... ¡te perdí! E Ivan riendo, lloraba detrás de la reja del departamento de locos del hospital, pensando en su hija, mientras llegaba la novia del amor eterno.

LEÓN TOLSTOY.



TAMPICO.—El Faro

AMOR

Mirarte solo en mi ansiedad espero
Solo á mirarte en mi ansiedad aspiro,
Y más me muero cuanto más te miro,
Y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero,
Lloro su rauda, turbulento giro,
Y más te quiero cuanto más suspiro,
Y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja á tu cuello encadenar mi brazo,
Y al blando sol con que nos brinda el remo
La mar surquemos en estrecho lazo;

Ni temo al viento ni á las olas temo,
Que más me quemó cuanto más te abrazo,
Y más te abrazo cuanto más me quemó!

MANUEL REINA.



Vista oriental de las obras del muelle
Fot. Ibañez.

LA ÚLTIMA

EXCENTRICIDAD.

I

Mister Edward Mac Murphy tenía 30 años, patillas rubias, seis caballos de raza árabe pura y treinta y cuatro perros de diferentes castas; había dado cinco veces la vuelta al mundo, había dibujado una nariz colosal en un mapa de Europa y luego la había seguido á caballo; obtuvo el título de socio protector de la Sociedad de ciencias morales, por una profunda y luminosa memoria sobre la influencia de la moral católica en la industria del algodón; su libro de memorias registraba trecientas veinte apuestas; pertenecía al Jockey-Club, era, en fin, lo que en la buena sociedad de Londres se conoce por un honorable *gentleman*.

En el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, estaba consumido por el más devorador *spleen*: hacía veintitres horas y cinco minutos que había muerto su padre, y, con el reloj en la mano, esperaba que pasasen cincuenta y cinco minutos más, para poder mitigar el acerbo dolor que sentía por una muerte que le había legado una renta de cuarenta mil libras esterlinas, las cuales representaban un capital inmenso hundido en las colosales arcas de la *Society Royal of India*.

Por fin pasó la esperada hora, y enjugando con el reverso de su mano una lágrima que creyó oportuno derramar para no faltar á su filantropía, salió con paso silencioso de su habitación, y atravesando una serie de lujosos salones, llegó con una precisión matemática á la calle en el momento que pasaba por ella un coche furiosamente arrastrado por dos briosos caballos escapados que con una rapidéz vertiginosa corrían á despeñarse en el Támesis.

Los honorables transeuntes dejaron libre el paso con una prisa que desdecía de su respetabilidad. De repente se oyó una voz que decía: —Apuesto cien libras á que se estrellan.

—Acepto en contra, dijo Edward sacando su cartera y añadiendo aquella á la lista de las apuestas.

En aquel momento un cambio se verificó en los espectadores; todos permanecieron inmóviles en sus sitios dando inequívocas muestras de entusiasmo; cruzábanse entre ellos cuantiosas apuestas en favor ó en contra de los dos antagonistas; dos *policemen* que corrieron á detener por la fúrida á los caballos fueron silvados horrorosamente por la concurrencia, hasta que tuvieron que desistir de su empeño al grito de: ¡Respetad la apuesta! ¡hay apuesta! ¡hay apuesta!

Los caballos continuaron con insensata rapidéz su marcha, faltaban solo algunos pasos para que arrastrasen al coche á lo más profundo del río, las personas que iban dentro en vano extendían sus brazos por la portezuela pidiendo auxilio, el público estaba ávido por el desenlace, el que había propuesto la apuesta se restregaba las manos calmamente, y recibía ya los plácemes de los presentes, y preparaba ya su cartera para apuntar en la sección de á cobrar, cien libras á cargo de Edward Mac-Murphy; cuando de repente, burlando las esperanzas de todos, uno de los caballos se enredó con unos cables abandonados cerca de la orilla, cayó arrastrando á su compañero en la caída, y el coche pudo salvarse así de una catástrofe inminente.

—¡Hurra! ¡Hurra! exclamaron los partidarios y los que habían apostado por Edward, viendo á éste meterse en el bolsillo con la mayor sangre fría un billete de cien libras que acababa de recibir de su contrario mientras los amigos de éste discutían á puñetazo limpio con algunos exaltados del bando opuesto la legalidad del desenlace.

Edward, después de poner una crucecilla al lado de su última apuesta, en la cartera, dirigióse con paso lento al sitio donde se había detenido el coche, para ir á ofrecer sus respetos á los ó las que lo ocupaban.

Habían éstas, que mujeres eran, saltado ya del vehículo, y apenas libres de un peligro, se veían en otro mayor, en el de ser ahogadas entre la multitud que las rodeaba. Un inglés de patillas y cabellos rojos, pequeño, regordete, con la nariz excesivamente colorada, cubierto su diminuto cuerpo con un frac minuciosamente abrochado que le llegaba hasta los pies, ofrecióse, poniéndose de puntillas para decirse al oído, cincuenta libras para enseñarlas á cuenta y mitad; un enjuto y alto joven, dibujante del *The Illustrated Lon-*



SRITA. MERCEDES ARANDA

(DE GUATEMALA)

don News, tomaba sobre el terreno un rápido croquis y aceptaba cinco chelines de un fabricante de fideos, á trueque de poner en una de las casas que había de dibujar, el anuncio de su industria; algunos concurrentes frenéticos, niños desarraigados y andrajosos, y mujeres de vida libre las insultaban porque no habían sabido animar á los caballos: lo restante del ilustrado público rodeaba los dos caballos que algunos chalanos trataban de levantar, apostando algunos chelines sobre si estaban ó no heridos; un miembro del Jockey-Club sacó rápidamente la cuenta para saber la fuerza de inmersión del coche al caer en el agua, teniendo como datos conocidos representada por *r* la fuerza de los caballos, por *p* el peso del coche, por *m* la velocidad en la distancia recorrida, y por *m'* la distancia á recorrer.

Edward, después de algunos puñetazos oportunamente distribuidos, logró sacar de aquel círculo de carne á sus protegidas, y con la elasticidad de que un cuerpo inglés es susceptible dobló su espina dorsal hasta hacer un arco de treinta grados, y las saludó, ofreciendo atentamente su brazo á la más joven.

—Gracias, caballero, dijo ésta con delicada voz; hemos comprendido que os interesábais por nosotras.

—No, interesarme no: mediaba una apuesta, y mi contrario ha tenido la desgracia de que no os ahogaraís, en cuyo caso hubiera recibido de mí cien libras, una friolera.

—Mayor fué la mía; el Baronet Williams Robertson apostó cuatrocientos dollars á que se casaría conmigo, contra Lord Smith quien decía que sería él el preferido; aposté yo contra ambos, y gané ochocientos dollars, continuando en mi independencia.

—¿Habéis ganado una apuesta al invencible Robertson? Permittedme que os admire dos minutos.

—No tendréis tiempo, hemos llegado á casa.

—Oh! caballero

—Oh! señoras.

—(Me parece que este hombre haría un buen marido.)

—(Mi corazón apostaría mil libras contra mi cabeza á que esa mujer me gusta.)

II.

Brillantes se ostentaban los salones del palacio de lady Esther Moore; una colección de ingleses de todos temperamentos y de todos tamaños, desde el in-

glés percha hasta el inglés hongo, inundaba los espacios salones en que debía celebrarse la boda de la ideal miss Sara, hija de la dueña de la casa.

—Y ¿quien es el novio? preguntaba Williams Robertson con un acento irónico especial.

—Edward Mac-Murphy.

—No le conozco.

—No le conoce nadie, repuso un redactor del *Punch* que había escrito una obra sobre las bellezas del Anglicismo, á cambio de un perro de Terranova de dos meses.

—Un Mac-Murphy he conocido yo en mi juventud, pero no será ese, porque aquel murió, repuso un profesor de lógica, muy acreditado como *boxador* en los círculos aristocráticos.

—¡Mac-Murphy!... yo conozco este nombre.... ¡ah! sí, ya caigo... hubo de este nombre un fabricante de botones de marfil en Gloucester, á mediados del siglo pasado; tengo muestras, dijo un coleccionador de botones que estaba orgulloso de su museo, al que decía no faltaba sino, entre los de levita, uno que hubiera pertenecido á los antiguos de Israel.

—¡Vamos! el mundo se pierde, todo se acaba, ya no hay dignidad, el nombre de Inglaterra ya empieza á decaer. ¡Un Mac-Murphy, un nadie, casarse con la heredera de los Moore, de esa familia cuyo penúltimo vástago murió por querer tomar una taza de café con leche en el cráter del Vesubio! ¡Un Mac-Murphy á quien nadie conoce, que tal vez en su vida habrá hecho algo digno; se casa con Sara!

—Si, es cierto, murmuró Edward, que, sin que nadie se apercibiera de ello, acababa de entrar en el salón y había oído las palabras de Robertson; sí, es cierto, soy indigno de Sara, soy indigno del mundo;—y se reclinó en un muelle diván escondiendo su avergonzado rostro entre sus manos—es cierto, pero no, no, yo he de hacer algo grande, algo sublime que acalle la maledicencia del mundo, y haga hermanarse dignamente los Mac-Murphy olvidados con los celebrados Moore; pero ¡qué haré en que no haya tenido predecesores! ¡Una idea,

Dios mío, dadme una idea, y me suscribo por doce acciones en la Sociedad Evangélica de Propaganda! ¡oh! la rabia me devora, comprendo que soy impotente; ¡yo quisiera inventar algo!

—¡Sir Edward! dijo un criado llamándole, el pastor espera.

Edward se levantó tambaleando. De repente, ¡dichoso él! oyó que decía Robertson, y una idea iluminó su mente, y en su cara recobró la perdida serenidad; adelantóse hasta el centro del salón, y allí con voz reposada dijo:

—Dispensa, Sara, dispensadme señoras; un momento, un solo momento.

—¡Pero Edward! objetó Sara con una impaciencia provocativa.

—¡Cinco minutos! repuso Mac Murphy sacando su reloj; y pasado por entre la concurrencia cuyas extrañas conjeturas y cuya sorpresa le llenaban de orgullo, entróse en una reducida habitación vecina cuya puerta cerró calladamente.

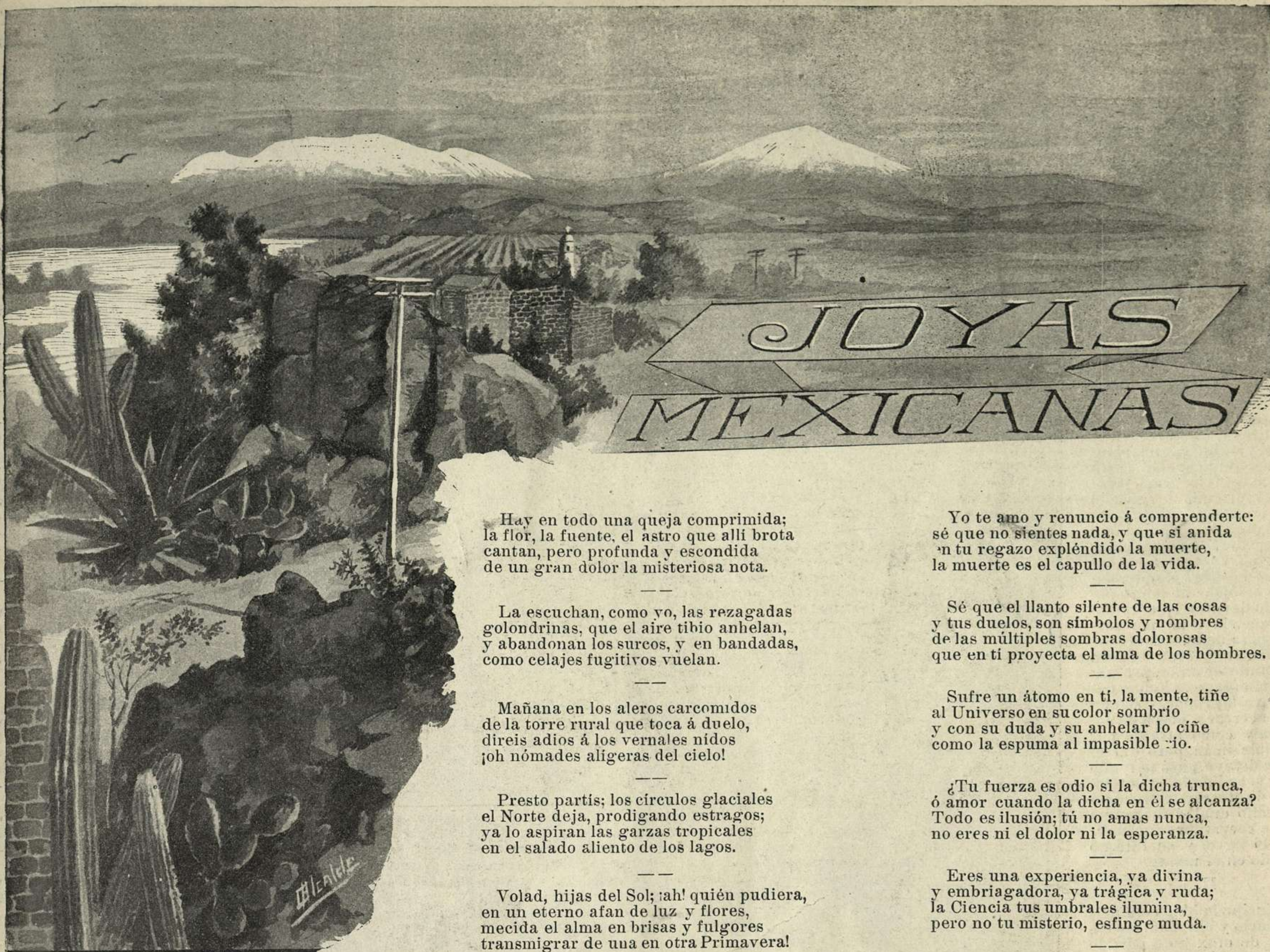
Sentóse allí en una pequeña silla, dió cuerda al reloj y le dejó sobre la mesa; arreglóse el traje, miróse al espejo y murmuró:

—Si, no hay duda, eso es lo único, lo único verdaderamente grande. Me desespero un año venciendo cuantos obstáculos se oponían á mi boda con Sara, mato cinco rivales y descalbro al sexto, y, cuando llego á tocar con mis manos lo que tanto desean..... me suicido. ¡Ah! ¡Magnífico! Así mi nombre pasará á la posteridad, y Robertson envidiará mi gloria, y Sara podrá decir: ¡Era digno de mí!

Y sacando un revólver lo limpió cuidadosamente, y esperó con calma á que pasase el último de los cinco minutos.

Una detonación sorprendió muy pronto á los concurrentes; corrieron todos, presintiendo una desgracia, al aposento en que se había encerrado Edward, y al entrar vieron, horrorizados, tendido en el suelo su cadáver. Robertson huyó envidioso de la gloria de su rival; al ausentarse hizo caer de la mesa el reloj de Mac-Murphy; era un magnífico cronómetro de oro marcha fija, horizontal, montado sobre diez rubíes, arreglado al meridiano de Londres número 17,313, marca A. Alexis Cobmer et Co. Patent

JOAQUÍN MARÍA BARTRINA.



OTOÑAL

Es una de esas tardes que yo adoro:
rota por las aristas de los montes,
el Sol deja su túnica de oro
flotar en los inciertos horizontes.

Y se va como un Dios, llevando impresos
los celajes que cubren el Poniente;
rastros de sangre de sus largos besos
lo siguen por la atmósfera candente.

Su disco, cual un nimbo, en la montaña
ciñe un vórtice azul, desnudo y yerto;
en un río de fuego al mundo baña
y se estremece el mundo: el Sol ha muerto.

En inúmeros átomos se quiebra
su último rayo, y tiñe el aéreo velo
de tonos espectrales, en que enhebra
la tarde su oro, y su zafir el cielo.

De ese velo en un pliegue, en este instante,
una perla, una estrella, brilla sola:
flor de luz que entreabre pa'pitante
en el éter su pálida corola.

La brisa de Noviembre, fresca y pura,
desata sus efluvios perfumados,
y penetra, y se esparce en la verdura
húmeda y moribunda de los prados.

Canta en las selvas con clamor solemne,
y balbuce en las fuentes un reproche:
¡fragmentos del monólogo perenne
que extinguirá el silencio de la noche!

Los insectos efímeros palpitan
de amor, y en nubes de fulgor cubiertas,
sus élitros metálicos agitan
en derredor de las corolas muertas.

Los vibrantes maizales, ya quemados
por la escarcha, su grácil caña mecen.....
todo agoniza; sólo en los sembrados
las violas melancólicas florecen.

Hay en todo una queja comprimida;
la flor, la fuente, el astro que allí brota
cantan, pero profunda y escondida
de un gran dolor la misteriosa nota.

La escuchan, como yo, las rezagadas
golondrinas, que el aire tibio anhelan,
y abandonan los surcos, y en bandadas,
como celajes fugitivos vuelan.

Mañana en los aleros carcomidos
de la torre rural que toca á duelo,
direis adios á los vanales nidos
¡oh nómades aligeras del cielo!

Presto partís; los círculos glaciales
el Norte deja, prodigando estragos;
ya lo aspiran las garzas tropicales
en el salado aliento de los lagos.

Volad, hijas del Sol; ¡ah! quién pudiera,
en un eterno afán de luz y flores,
mecida el alma en brisas y fulgores
transmigrar de una en otra Primavera!

De juventud en juventud! Impío
intento..... Hay en Abril horas fatales.....
Prefiero el soplo voluptuoso y frío
de estas mágicas tardes otoñales.

La inexpresable, la ideal tristeza
crepuscular, y esta infinita calma,
beso de la inmortal naturaleza
que lentamente nos absorbe el alma.

Un torrente de fuego moribundo
rompe en mares de sangre los espacios.....
cual náufrago bajel zozobra el mundo
entre ondas y espumas de topacios.

Los lagos rayan de ópalo y de rosa
los esfumados términos de Oriente,
y su azulino vaho, lentamente,
prende en torno su niebla venenosa.

Más allá, de las cimas entre el coro,
el Popocatepetl, yergue en el cielo
estriada de púrpura y de oro
su gigante pirámide de hielo.

La ola opaca de improviso crece;
tiembla la regia hoguera en el vacío;
mas sus flavos fulgores desvanece
el ósculo nocturno mudo, y frío.

En este incendio que el ocaso inflama
sorpndieron las fáses fugitivas
de un episodio del eterno drama,
las grandes teogonias primitivas.

Un dios, entre los gritos sollozantes
de la tierra, pasión y muerte hallaba.....
En su tumba la noche derramaba
urna inmensa de sombra y de diamantes.....

Isis buscaba en la región sombría
el cadáver del Sol..... Luego en la altura,
la sonrisa de amor de la natura
y la triunfal resurrección del día.

Oh! túnica de luz de lo infinito,
que es la sombra! Oh, natura! el alma humana
con un anhelo trágico se afana,
en darte alma también, y nace el mito.

Yo te amo y renuncio á comprenderte:
sé que no sientes nada, y que si anida
en tu regazo espléndido la muerte,
la muerte es el capullo de la vida.

Sé que el llanto silente de las cosas
y tus duelos, son símbolos y nombres
de las múltiples sombras dolorosas
que en tí proyecta el alma de los hombres.

Sufre un átomo en tí, la mente, tiñe
al Universo en su color sombrío
y con su duda y su anhelar lo ciñe
como la espuma al impasible río.

¿Tu fuerza es odio si la dicha trunca,
ó amor cuando la dicha en él se alcanza?
Todo es ilusión; tú no amas nunca,
no eres ni el dolor ni la esperanza.

Eres una experiencia, ya divina
y embriagadora, ya trágica y ruda;
la Ciencia tus umbrales ilumina,
pero no tu misterio, esfinge muda.

¿Qué más allá de la asombrosa malla
de tus formas encuentra el pensamiento?
¿Qué realidad eterna en tí se halla!
¿Cuál es tu alfa y tu omega? El movimiento.

“Hacia ese punto la Creación gravita;
mas allá surge íntegro el problema.....
Es natura la incógnita infinita
y Ella y su causa la ecuación suprema!

Por eso yo ignorarte y adorarte
prefiero en tu hermosura augusta y fría!
Sé que un esbozo junto á tí es el arte,
y un grito en el naufragio la Poesía.

Sólo grande eres tú, solo tú bella!
¿Por qué te quemó incienso á toda hora,
yo, que sé que del polvo de tu huella
mi alma es una molécula sonora?

Es que espero que extingas mis dolores
con tu visión perpétua en mi desierto,
y que con todo lo que en mí se ha muerto
hagas tu obra fatal: trocarlo en flores.

Vano esperar! No importa; nuestra pena
tu régia magestad serenar sabe;
y es nada el sufrimiento en la cadena
en que del astro al polvo el mundo cabe.

Ya no un tormento me serán tu imperio
ni tu inconsciente y sepulcral grandeza,
en que se hunde, sediento de misterio,
el corazón con inmortal tristeza.

El pensamiento es el dolor! Yo ansío
aniquilarlo en tu sublime calma;
gozarte á solas y arrojar al río
de tu inconstancia, la razón y el alma.

E ignorarte! Tal vez ilusión pura
eres, y acaso tu esplendor diverso
un sueño del espíritu. ¡Oh Natura!
¿Fuera del hombre, existe el universo?

Quien sabel..... Este crepúsculo me encanta
con su oro muerto y sus perfiles rojos.....
¡Ay! ¿porqué este sollozo en mi garganta
y esta rebelde lágrima en mis ojos?

JUSTO SIERRA

La Princesa Griot

En el recodo de un camino melancólico y solitario apareció la pobre niña con los pies desnudos, suelto el cabello y la túnica destrozada; se conocía que venía huyendo de muy lejos, porque le faltaban ya fuerzas para caminar.

Cuando el príncipe la vió, sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón y creyó haber hallado el alma errante del pueblo, la personificación del sufrimiento de los pobres ¡tan doliente así era la mirada de aquellos ojos que tenían claridades de cielo y negruras de abismo!

Deteniendo su fogoso corcel el joven guerrero quedó inmóvil y como en oración contemplando á la bella vagabunda, bella como no lo ha sido mujer alguna sobre la tierra ni lo será jamás, bella con diaphanidades místicas y dulzuras arrobadoras; y siguió contemplándola como quien sueña, hasta que al fin con voz acariciadora como murmullo de selva, le dijo:

¡Oh tú, mujer ó deidad que te has apoderado de mi corazón! llévalo contigo á los encantados bosques donde habitas, ó arrójaló al fango para que lo devoren las serpientes, porque sin tí no me servirá ya para nada.

La niña lo vió con mirada de gratitud y de amor, profunda y luminosa, que había pasado entre lágrimas, y se empezó á acercar á pasos de sonámbula y como atraída por irresistible imán; pero de repente se detuvo, pasó por todo su ser, sacudiéndolo, la tempestad del terror, retrocedió de un salto cual si fuera una medrosa cervatilla sorprendida por el tigre, y se internó corriendo en el monte.

II.

El príncipe la hizo conducir á su palacio y allí, bajo las columnas de onix y de pórfido que parecen hundirse y crecer en el pavimento luciente y blanco, la sentó en los cojines de un trono de marfil; y arrodillándose á sus pies, le rogó sollozando que lo amara.

Ella, pensativa y llorosa inclinó por largo tiempo la cabeza gentil y luego como quien toma una resolución terrible, habló y sus palabras parecían el eco lejano de los rumores nocturnos.

—Príncipe, le dijo, no te debo engañar porque te amo: sé que después de mi confesión me aguarda la más horrorosa de las muertes, pero óyeme:

Allí, al pié de las montañas del Sudan, está el país de Kita, oasis cultivado que pueblan unos centenares de ebrios, terribles para el combate y para el robo y que en la paz están riendo siempre con una risa inquietante y siniestra.

Los gobernaba el viejo Makadian, último resto de una dinastía carnífera, y el cual tenía en sus miradas de viejo león, pintadas las escenas macabras de su larga vida de pillaje. Acostado en su lecho de juncos, bebiendo sin cesar mixturas embriagantes y resguardándose del aire bajo una piel de pantera, esperaba con horribles sarcasmos en los labios, que la muerte viniera por él. Una corte irrisoria asistía á su decadencia, pues de los antiguos esplendores apenas le quedaba el Gran Mago de Nama la diosa de la montaña, algunos sacerdotes y guerreros y el pobre bufón Segá (á quien un día le mandó sacar los ojos por divertirse) y que se iba muriendo poco á poco de vejez y de miseria.

Segá tenía una hija de belleza precoz y cosa extraña! esa infeliz esclava era de una fiereza altiva que no ablandaron nunca las dádivas ni las amenazas del rey. Aunque las mujeres de su raza eran consideradas como impúdicas y alegres cortesanas, las gentes de Kita que la conocían casta, le pusieron el apodo de la virgen sombría. Cantaba y bailaba para divertir á Makadian porque era su oficio, pero siempre en sus canciones había dejos de amargura, y siempre después de bailar con asombrosa agilidad, iba á esconderse en algún rincón donde se la veía suspirar. Amaba tiernamente á su padre y sentía por él una profunda conmiseración, recordando sus amargas improvisaciones de bufón que llegaban á lo patético de un talento monstruoso, y entraban á los corazones causándoles heridas de donde manaba la vergüenza. Los dos estaban asediados por el menosprecio con que era vista su raza, y una barrera fatal les separaba del res-



to de los hombres por que su destino estaba inscrito con caracteres indelebles en su piel blanca de griots, odiosa y despreciable aun para los dioses, que tienen el sagrado color de la noche.

Donde quiera que se refugiasen no podrian salir; la risa burlesca y feroz les acompañaría, clamor de ultraje que fustiga á los réprobos que por su nacimiento solo tienen derecho al desprecio y á la irrisión al extremo de que matarlos es envilecerse pues no merecen ni el consuelo de la muerte. ¡Desgraciado de aquel que derrame la sangre maldita de los griots! sus miembros iran cayendo uno por uno devorados por la lepra, y su tronco deforme no tendrá al poco tiempo más que sangrientos muñones.

Segá había sembrado los tamarindos de la aldea que daban sombra á la plaza de las deliberaciones y era por consiguiente más viejo que Makadian. Sus ojos que habían visto resplandecer tantos soles, ahora oscurecidos se fundían en lágrimas lentamente y luego no quedaría de ellos más que dos boquerones sombríos.

A la puesta del sol Maïram le paseaba fuera de la aldea hasta una roca aislada en la cual se sentaban silenciosos á gozar la fresca de la tarde y á oír el monótono ritmo del tam-tam lejano.

Una noche que Segá estaba taciturno, Maïram para arrancarlo á los pensamientos melancólicos cantó una balada acariciadora y dulce. En las ondas claras del mar dormido al pié de la roca, la luna se levantaba entre vapores sonrosados abriendo su abanico de varillas color de sangre, en tanto que por la playa, enfrente,

saliendo de la maleza, con el cuello tendido hacia el astro, una hiena apareció lanzando un largo gemido lúgubre.

—Oh! Las hienas, Maïram ¿las oyes? dijo Segá temblando.

La joven sorprendida contempló á su padre con ansiedad. No era la primera vez que oían cerca esos rugidos en la sombra. ¿Por qué Segá temblaba así? El griot se abrazaba á su hija.

—Tengo miedo, no te apares, Maïram.

El acento con que Segá pronunció estas palabras enterneció á Maïram que tomando con ambas manos la cabeza del griot la apretó contra su seno.

—Padre, tranquilízate, ¿qué tienes que temer?

Otros alaridos lejanos vibraron en lo profundo del bosque.

—¿Cómo gritan hoy! murmuró Segá.

Maïram empezó á inquietarse; la hiena huye del hombre y allí en la roca nada tenían que temer. ¿Por qué ese terror sordo se apoderaba de Segá?

—Ah! las hienas, las hienas inmundas. . . . ellas se comieron á tu madre, ahora me reclaman á mi y más tarde te comerán también.

—No, padre, no tengas miedo, vámonos.

—Oye su concierto, repetía obstinadamente Segá, es que la hora del festín se aproxima. . . . ¡Horror! . . . y mis huesos crujirán entre sus dientes. . . .

Sus huecos ojos sin luz, dilatados por un espanto senil se fijaban obstinadamente en el lado del bosque como si hubiesen buscado en la sombra los ojos de brasa que le acechaban.

—Volvamos á la aldea, dijo Maïram. Y acudiendo á todos sus esfuerzos, trató de levantar á su padre.

—Todavía no. . . . cuando se callen me llevarás, y nunca volveremos aquí. . . . ¡oh, no! . . . nunca.

Luego dirigiéndose á las hienas que rugían aun, les gritó:

—No tendréis mi cadáver, abyectos sepulcros vivos de las gentes de mi raza: os protesto que no tendréis mi cadáver!

Maïram sospechó que la razón de su padre se turbaba ya por la edad y con voz insegura volvió á entonar su canción. Segá lo comprendió, le puso la mano en la boca y luego abrazándola le dijo:

—Maïram, tu no sabes aun. . . nadie te ha dicho. . . . Oh! si alguien hubiera venido á decirlo arrojando el pavor en tu alma, yo lo habría castigado!

Maïram temblaba ahora; una emoción imposible de dominar la estremecía de la cabeza á los pies. Segá continuó:

—Ah! los griots ¿si vieras? no se les enterra, porque sus restos envenenarian el suelo: esos no mueren, revientan como los perros; y tan pronto como cierran los ojos, se arroja

su cadáver en la maleza donde aguarda sin sepultura que las hienas, esos sepultureros siniestros, golosas de la ralea de los muertos, se sacien en sus carnes manidas y purguen la tierra que un hechicero desinfecta después.

—Ah! Miserables gentes de Kita: las execro!

—De Kita y de todas partes, hija mía; así pasa en todo el Sudan.

Luego siguiendo el curso de sus pensamientos agregó:

—Tengo miedo, por que voy á morir.

—Entonces, mi madre? dijo Maïram con terror.

—La comieron.

Un sollozo agitó el seno jadeante de la joven.

—Y me comerán á mi, y luego te llegará tu turno.

Y se abrazaron llorando en tanto que la luna subía serena en el espacio.

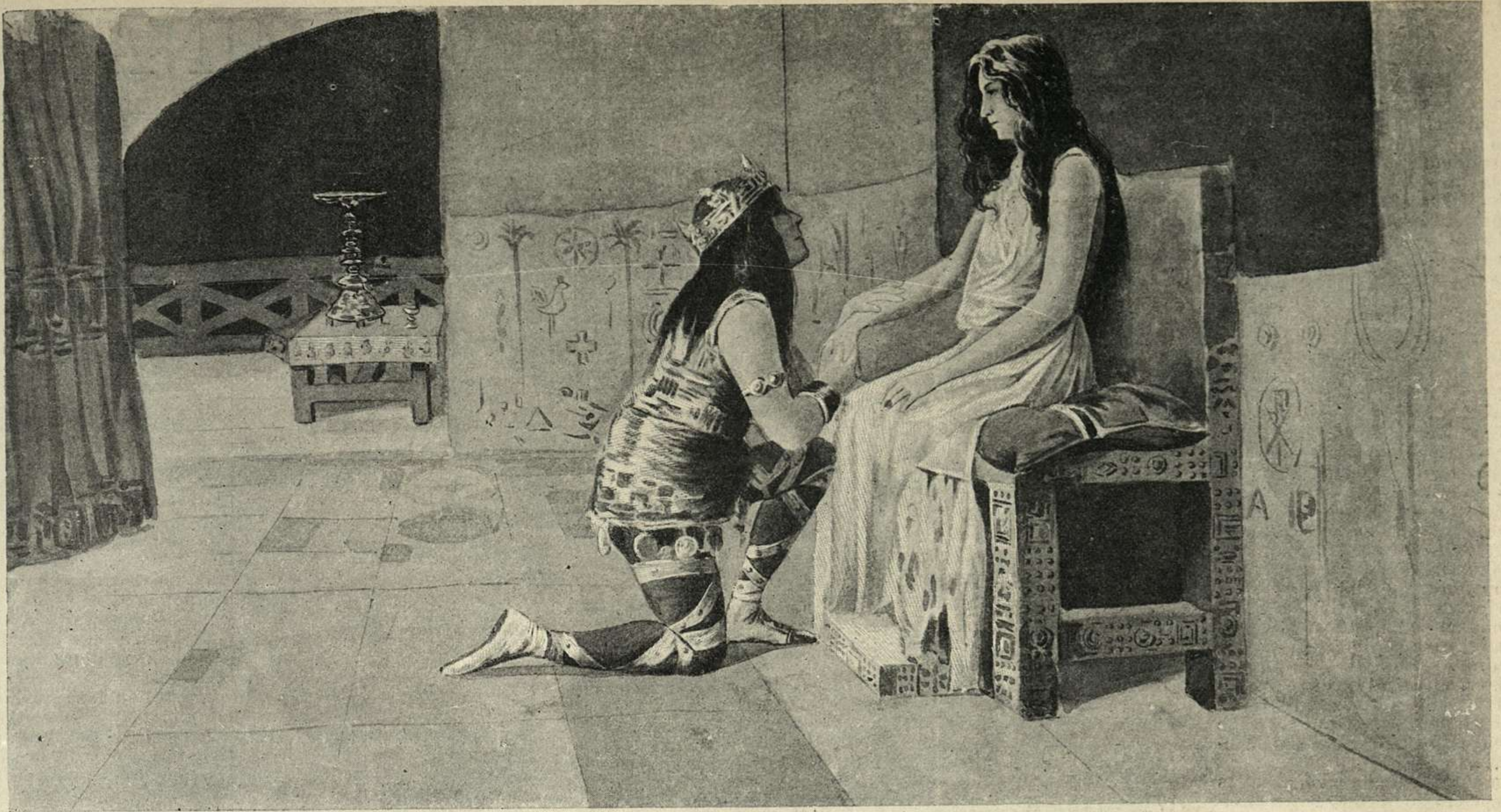
—No quiero; grito Maïram enloquecida, no quiero!

—Nama tal vez se apiadará de tí. Perdóname: si yo lo hubiera pensado, no te habría transmitido con la vida la abyección de mi existencia; pero nos amábamos tanto tu madre y yo! Perdón por ella y por mí. . . .

.....

Allá lejos, en el bosque, la hiena aullaba aún. . . .

La revelación que brotó de la crispada boca del ciego, hundió á Maïram en un estupor que la agitaba á intervalos con rudos estremecimientos. No había ignorado que su raza estaba maldita y que la abrumaba un inmenso desprecio. La atormentaba su impotencia que no la dejaba salir de la fosa social donde se aho-



gaba su fresca juventud, pero el fin lamentable reservado a los suyos la sumergía en tremenda desazón. Creía ver la boca carmín de una hiena soltando baba sanguinolenta, que se abría desmesuradamente ante ella; y para sustraerse a esta visión espantosa se tapaba los ojos con las manos.

—Sega replegado en sí mismo, avergonzado tal vez de su confidencia, oía el aliento desigual de su hija.

—Maïram, le dijo como hablando en sueños, Maïram... La joven cedió a un arrebatado de amor.

—Padre! Esas horribles fieras no se apoderarán de tí: pueden erizar sus espantosas cerdas, la presa se les escapará. te lo juro! No devorarán tus restos con sus fauces ardientes.

Y con ternura infantil se aproximó a su padre para decirle al oído:

—Se te pondrá al pié de la montaña, en el sitio consagrado para ellos, y Maïram con sus manos piadosas te enterrará.

Y erguida sobre la roca, envuelta en sus ropas flotantes, transfigurada dijo:

—Sí! En un rincón delicioso de sombra y de frescura. Segá lloraba en silencio.

Maïram lo besó, diciéndole amorosa.

—¡Qué bella noche! Es hermoso vivir... Los aullidos hambrientos se confundían a lo lejos con los rumores nocturnos.

—Ya se fueron, dijo Maïram.

La luna resplandecía, los ecos del tam-tam se extinguieron, Segá apoyó el brazo en los hombros de su hija y los dos se internaron en los senderos estrechos que conducen a la aldea.

III.

El príncipe, siempre de rodillas escuchaba el relato como quien oye celestes armonías y de vez en cuando posaba dulcemente los labios en la mano de la niña que había conservado entre las suyas. Ella continuó:

Dos días después el pobre viejo griot clavado por los sufrimientos en su miserable lecho no dejaba su casa, que se había convertido para los kitankés en objeto de asco y repulsión.

Le devoraba una fiebre ardiente con espantosos delirios: por las noches imitaba el aullido de las hienas.

—Robadas, decía luego, robadas por Maïram.

Makadian que lo supo, experimentaba cierto placer por la agonía del griot, y así se lo manifestaba a Maïram vaciando calabazas enteras de *dolo* y haciéndola bailar llorosa y doliente, en torno de su camilla de paralítico que hacía transportar al centro de la cabaña. Y cuando ya sin aliento la bailarina pedía descanso y se lo concedían corría a acurrucarse junto al lecho de su padre y a espantarle las moscas encarnizadas sobre las llagas de sus ojos.

Una noche las hienas rugieron mas fuerte y más cerca:

Paciencia, decía Makadian. Pronto será el banquete.

En efecto, al día siguiente murió Segá, y ese día Maïram tomó empeño en divertir a su señor.

—Hurra! gritaba este, eres verdaderamente hábil; la sangre de Segá corre por tus venas. Que se le regale un collar de ámbar, dijo a una esclava, para que se engalane esta noche y vea como hay preparada para su padre una sepultura digna de él.

La expresión terrible de la mirada del amo hizo temblar a Maïram que cayó de rodillas.

—Señor, dijo, concédeme una gracia.

—¿Cuál?

—Que me dejes el cadáver de mi pa-

dre para enterrarlo en la montaña, en algún sitio en que no perjudique ni al último de tus cautivos.

Una explosión de carcajadas brotó a los labios de Makadián.

—Repítelo, dijo tu audacia no me disgusta. Será enterrado, pero con el entierro de los griots.

La esclava ultrajada se levantó.

—Quiero, dijo con altivez que sea enterrado como tú.

—¿Qué? exclamó Makadián con un gesto horrible.

—Ya lo he dicho: como tú!

—Se acostumbra arrojar vuestros cadáveres lejos, en el monte, para pasto de las fieras, pero para Segá he pensado otra cosa mejor. Se le llevará cerca, a una roca que tu conoces y que le agradaba visitar. Yo asistiré a ver el festín nocturno, le haré ese honor, y tú también: te convidó.

Pasó por los ojos de Maïram un relámpago salvaje: —Pierde cuidado, dijo, concurriré.

Un euforbio venenoso crece en la montaña: Maïram corrió a cortar algunas hojas, volvió y exprimió el jugo en el calabazo de *dolo* preparado para su señor, y luego se retiró a velar junto al cadáver de Segá.

Antes de que el sol hubiera llegado a la mitad de su carrera, Makadián murió.

Maïram en el fondo de su choza, hundida en un rincón de sombra miraba sin ver en tanto que reposaba Segá con la boca contraída por un rictus de terror.

Las gentes de la aldea, alejadas por una repugnancia supersticiosa, se abstienen hasta de pasar por allí.

Maïram pensaba en la imbecil cobardía de los hombres que la encerraban en un círculo inexorable de infamia en que su vida aislada se extinguiría. Había matado a Makadián, sin espíritu de venganza y para cumplir su promesa. Nama reíría en las montañas esa noche, durante el festín de las hienas.

De aldea en aldea por todo el país de Kita circuló la noticia de haber muerto el rey noblemente en una orgía, y el buen pueblo se enorgullecía de este glorioso fin. Las virtudes del jefe fueron cantadas por un concierto de voces discordantes y desde el llano a la montaña, debió la selva despertar de su sopor para gemir por el ilustre muerto.

Corrieron las horas contrastando las dos cabañas mortuorias: de un lado el fingido duelo de la multitud expresándose en alaridos y contorsiones junto al ataúd de un muerto aclamado, y del otro una joven solitaria y silenciosa cerca del cuerpo de un infeliz.

Al ponerse el sol, las vírgenes de Kita vinieron a envolver a Makadian en un paño bordado de escarlata y se puso a su lado una calabaza de hidromiel a fin de que cuando Nama viniera a concertar el eterno viaje, tuviera con que apagar su sed.

Después, un gran misterio rodeó la cabaña: nadie debía sorprender la visita de la diosa ni perturbar la conferencia. Un hechicero velaba junto a la puerta del corredor y la del campo estaba libre para el paso de la diosa. Era lo que Maïram esperaba.

El jefe de los cautivos fué con varios hombres que recojieron en una parihuela al cuerpo de Segá y lo fueron a arrojar al monte. Maïram los siguió cautelosamente y tan pronto como vió que regresaban corrió a la maleza, levantó el cadáver y con esfuerzo desesperado, huyendo a toda prisa, lo trajo a la cabaña del rey; y despreciando resuelta los peligros y deponiendo todo temor, puso el cadáver del griot en el ataúd de Makadian, lo cubrió con el paño escarlata y llevó al monte el cuerpo de Makadian.

El hechicero que velaba oyó rumor en la cabaña y se prosternó apoyando la frente en el suelo. Nama conferenciaba con el muerto.

Terminada su tremenda tarea macabra, Maïram subió a la roca testigo de su juramento, y pudo ver desde allí el horroroso festín de las hienas que llegaron con sus ojos de brasa.

Al día siguiente la griot presidió el coro de plañideras en el entierro del rey; y al cerrarse la tumba rompió en sollozos, alaridos y lágrimas que a todos asombraron porque parecían arrebatos de verdadero dolor. Los ancianos se contemplaban admirados y comentaban el talento trágico de la inimitable artista.

Pero cuando Mussa, rey por derecho de herencia, la buscó para que entrara en su servidumbre, la griot había desaparecido.....

IV

Y caminó por las vastas soledades muchos días, muchos, hasta salir del Sudan; y al fin, cuando ya le faltaban las fuerzas, fué sorprendida por tí en el recodo de un camino. Aquí pienso que ya no pertenecen estas tierras al país que nos considera como raza maldita, aquí puedo morir y no ser devorada por las hienas; si así fuere ¡oh príncipe! manda que me den la muerte, única felicidad a que puede aspirar la griot.

—La princesa Griot, dijo el príncipe abrazándola embelesado y ahogando, con besos ardientes las palabras de amor y de gratitud que intentaba pronunciar Maïram.

Entre tanto allá lejos, en las montañas del Sudan, al hundirse en el Ocaso un sol de fuego, las infelices de la raza maldita eran arrojadas a la maleza y venían las hienas con sus ojos de brasa al temido festín.

LORRAIN Y TARDIF.



El talento, el genio sobre todo, es involuntario. No es un esfuerzo del hombre, es un don de Dios, como la belleza. Pero la posteridad no lo consagra sino a condición de que se haya hecho virtud por la sinceridad y por la comunión en el progreso universal con el mundo entero. El afán por la gloria es una especulación vergonzosa.

* *

El hombre no está por encima de la humanidad que le rodea, sino por un título; la virtud; y como no sabría ser virtuoso si no fuese humilde, a los que tienen por ambas cosas el derecho de considerarse como superiores, les está prohibido saber que lo son.

UNA MISION EN VIA DE TERMINAR

Nos encontramos en frente de una potencia que va á caer! El caballo que según el sabio criterio del eminente naturalista Buffon fué la más grandiosa conquista hecha por la humanidad sobre la Naturaleza, está yendo al fin de su misión de un modo dolorosamente impresionador.

De todas sus grandezas pasadas, luego no quedará más que la memoria y dentro de algún tiempo, las multitudes contemplando las estatuas ecuestres que el mundo ha erigido en memoria de los héroes de la guerra, tendrán de seguro una justa alabanza para el noble bruto, que durante largos siglos compartió y aún hoy comparte con inteligencia y adhesión sin semejante, los trabajos y los peligros del hombre.

Refiere Fedro en una de sus fábulas, que cierta vez en que el caballo recibió del ciervo grave ofensa, ocurrió al hombre para que le ayudara á vengarla; y deseando en su impetuosa aprensión el castigo, aconsejó al hombre que se subiera sobre sus lomos, y así lo condujo en breve espacio hasta el sitio en que fué hallado y muerto su enemigo. Desde entonces perdió el caballo la libertad.

La mitología pone los caballos al servicio de los dioses, ya unidos al carro de Helios que derrama sobre la tierra la luz, el calor y la vida, ya transportando á Marte y á Minerva á los sangrientos campos de batalla de la legendaria Troya.

Homero, en divino arrebatado de inspiración, describía así uno de estos olímpicos viajes:

Cuanto abarca de un hombre la mirada
parado de la mar sobre alta roca,
tanto avanza de un salto los caballos
que tiran de los dioses la carroza.

Los astrónomos caldeos colocaron al caballo entre las constelaciones, y los indios Mayas levantaron un templo en honor de un caballo que los españoles dejaron abandonado en la Península en su primera expedición. La leyenda nos habla del caballo de Atila, y la historia del de Alejandro. Donde se posaban los cascos del primero no volvía á nacer la verba, y el otro siempre llevaba á su dueño á la victoria, pasando sobre montones de cadáveres. Calígula hizo senador á su caballo y el del Cid Campeador llevó las tropas á la victoria cuando ya su amo había muerto.

En boca del Cid pone un poeta español la siguiente estrofa:

Yo por Castilla batalló
Y cuando estoy en mi silla,
Se va ensanchando Castilla
Al paso de mi caballo.

Los conquistadores trajeron á México el caballo y al poco tiempo hallaron los criollos tan de su gusto la importación, que llegaron á ponerse á la altura de los mejores jinetes del mundo y en opinión de muchos á superarlos. Parece en efecto inverosímil lo que llegó á hacer á caballo el charro mexicano, en esos atrevidos ejercicios que se llaman *jarripeo* y que forman la delicia de nuestra gente del campo.

Al influjo de las costumbres europeas desapareció de nuestro país el rozagante tipo de la China, y ahora al poder de la bicicleta puede desaparecer el charro; primero el de ciudad, vulgarmente llamado de agua dulce, y luego el campesino, que encontrará al fin más cómoda, más barata y con menores gastos de sostenimiento la máquina de acero, que el corcel indómito por más que sea menos poética.

Eso por cuanto al caballo de montar, porque el dedicado á otros usos va desapareciendo con mayor rapidez, en los centros populosos, derrotado por las máquinas de vapor y electricidad, los automóviles y los tranvías.

En el ejército mismo se hacen ya pruebas de marchas en bicicleta para determinadas secciones facultativas, y no está distante el día en que alguna de las naciones del viejo mundo, nos sorprenda con alguna más amplia aplicación del biciclo á sus tropas ligeras.

La industria entre tanto no pierde el tiempo; y con vista del nuevo porvenir que está reservado á la cría de los caballos, ha pedido auxilio al arte culinario, y ha descubierto que preparada de un modo especial la carne de caballo, supera á la de vaca y á otras que actualmente se comen con agrado.



La prensa de París anuncia ya establecimientos donde se vende carne fresca de caballo, y fondas y *charcuteries* donde se confecciona con primor. ¡Triste fin y término del amable y amado compañero del hombre, de su más útil colaborador en las fatigas y de su mejor auxiliar en los peligros!

Ahora, pues, que ya se está poniendo para el noble corcel el sol de la ventura, es oportuno recordar sus días de gloria, sus mayores placeres, las tareas que más lo enorgullecen, lo que constituye su deleite; y por eso lo representa nuestro grabado cuando conducido por elegante y bella amazona, se lanza á la carrera en amplio campo para el animado y pintoresco juego de la sortija.

A vuelta de los años si la cosa sigue como va, pasará de las planas artísticas de los periódicos á las de avisos, donde se harán pomposos elogios de los magníficos beefsteaks ó de las succulentas chuletas de caballo, que se sirvan en el restaurant más á la moda.

Así pasan las glorias de este mundo!

Así se desvanecen, nubes fugitivas del cielo de la vida, todas las más dulces venturas. El niño cuando llega á hombre arroja con desdén el juguete que había sido su encanto y busca en otros goces nuevos atractivos. Eterno niño la humanidad, desprecia un día lo que la vispera amaba y en el templo de sus antiguos dioses levanta altares para los nuevos.

La bicicleta está á la orden del día; es el recreo de las multitudes, el encanto de la juventud, la reina del *sport*. En bicicleta las mujeres jóvenes y bellas parecen más bellas y más jóvenes, pero quien sabe qué de rígido y sombrío tiene esa máquina muda é insensible!

Es más bello á no dudar el caballo, jadeante y brioso, tendiendo al aire la opulenta cascada de sus crines, orgulloso de ser manejado por una amazona de ojos radiantes y sonrisas de amor.

Todavía se admira por el mundo ese cuadro encantador: por eso lo copiamos antes de que se desvanezca en el espacio como las naves y los palacios de la *Fata Morgana*.

Pero ¿se desvanecerá en verdad? ¿Ya es tiempo de poner el epitafio sobre esa tumba? Tal vez no! Los ferrocarriles cruzan los caminos y los coches automóviles las ciudades, hay arados de vapor y la fuerza de sangre no tiene ya casi aplicaciones prácticas, pero aún corre á caballo por las abrasadas campiñas de Arabia el vigoroso Argelino de piel oscura y blanco albornoz, todavía recorren las estepas frías de Siberia los Cosacos del Don, en sus corceles pequeños, peludos y vigorosos, y todavía enorgullecen el Presidente Faure, al Czar Nicolás y el Emperador Guillermo, al pasar revista sus tropas de caballería.

Aun no piensa la gente de buen tono en suprimir de sus placeres el de asistir al Hipódromo, y es muy difícil que puedan ser sustituidas las carreras de caballos, tan impresionadoras por lo animadas y pintorescas.

¿Que ya no servirá el caballo para tirar de las carretas? Mejor para él, será un artículo de lujo para los *sportman* que nunca dejarán de hallar en la equitación un goce intenso y un higiénico ejercicio.

Pero de todos modos existe un hecho innegable, y es que el reinado del caballo tiende á su fin combatido por la máquina, que es lo fuerza arrolladora que en el presente siglo ha taladrado las montañas, ha cortado los istmos, ha nulificado casi las distancias, ha transformado la industria y ha ennoblecido el trabajo del hombre.

¡Caiga pues el caballo si así lo ordena ese tirano irresistible que se llama el progreso, pero séanos dado hacer constar que la humanidad le debe eminentísimos servicios, placeres puros y sanos, y que le defenderá por muy largos años todavía! Luego, cuando sea inevitable, le abandonará como el niño abandona sus juguetes, pero también como el niño se acordará de él siempre con ternura.

JAVIER SANRA MARÍA.



LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 5.

Ningún vividor expía una catástrofe de pasión por una renuncia definitiva al mundo. Esto no tendría precedentes. La pérdida de todos los bienes no sería una explicación suficiente, habiendo tráfico oficial de blasones entre los arruinados del antiguo mundo y los ambiciosos millonarios del nuevo. Suponer que Puymaufray se hubiese rehusado á tentar la empresa universalmente honrada, sería degradarlo de antemano en la estimación pública. Debía haber otra cosa. ¿Pero cuál?

Paradescubrirla vino la vizcondesa, y como todos los grandes capitanes amados de la victoria, pronta á desconcertar al enemigo por la audacia de sus movimientos, su primera palabra fué que el ferrocarril la había puesto de humor de caminar y le sería más grato el viaje yendo á sorprender á Puymaufray, ese oso, en su cubil.

—¡Pero señora, dijo Claudia, mi padrino debe venir esta tarde á presentar á usted sus respetos.

—Justamente quiero darle una lección, replicó la viajera riendo y sintiendo aumentarse sus deseos con la resistencia de la niña. No se despidió en el último viaje, y hasta pienso que estamos un poco peleados por yo no sé que tonterías. El marqués tiene sus odios de provincia, mudos y duraderos, y estoy segura de que no me ha perdonado sus impertinencias: lo voy á avergonzar.

—Oh, señora, dijo Claudia vivamente. Eso sería desconocer á mi padrino que es incapaz de abrigar malos sentimientos.

—Sí, ya sé que encontrará abogados aquí. Pero es á él mismo á quien quiero presentarme, pues además estoy curiosa por ver al bello Marqués de Puymaufray representar al natural el Timón de Atenas en su comfortable retiro.

—Es todavía más divertido de lo que usted se imagina, interrumpió Harlé encantado de la desagradable sorpresa que iba á llevar su amigo. El comfortable retiro no es como usted se figura. Yedra, escaramujo; murallas que caen y agua encharcada al rededor; viento de quejas lúgubres en las salas descladas, nidos en las habitaciones; pollos y patos vagando por los corredores; murciélagos y

buhos en todas las torres y ventanas, y en esta confusión y en esta ruina Timon como usted le llama, tranquilo, filosofando con una amarga dulzura sobre los hombres bastante locos que no siguen su ejemplo.

—A usted qué es hombre de acción, corresponde esbozar ese cuadro de vida abandonada. Solamente que si se despierta á ese punto la curiosidad de las gentes, no podrá luego rehusarse á satisfacerla. Yo quiero verlo. ¿No es justo que yo aprenda á conocer verdaderamente también y que estime á un hombre que desde hace tantos años tiene un lugar tan grande en el corazón de ustedes?

Una hora más tarde el gran brick espantaba con los cascabeles y latigazos de los cocheros á toda la volateria de Puymaufray. Naneta con profundas reverencias hizo saber á los visitantes que el marqués en compañía del señor Deschars y de Pedro Queté, se encontraba en el campo para una venta de árboles á media hora de allí. Deberían volver pronto por el camino carretero. Se resolvió ir á encontrarlos, pues el aire vivo y la tierra endurecida hacían del paseo un placer.

¿Quién es el señor Deschars, preguntó la vizcondesa con la entonación con que habría dicho ¿es gorrión ó cuervo ese que pasó?

—Deschars? exclamó el papelerero. Otro original, sencillamente. Yo no le conocía; es amigo de Claudia y sus amistades se hicieron en las vacaciones. Los Deschars son una antigua familia de Poitou enriquecida por un siglo ó dos de avaricia. Este, que aun no tiene treinta años, siembra los escudos en los caminos por fantasía de vida nómada. Los castellanos de por aquí le tratan con despego, porque su abuelo fué un azul en las guerras, un coronel de los republicanos que los legitimistas hicieron asar según creo en Machecul. Pero yo, señora, como usted sabe, no tengo prejuicios y además Deschartes no es un mal hombre. Recorre toda la tierra y llega generalmente de China ó de Java á menos que no sea del Polo Norte. A veces se le suele ver en París

ó en sus posesiones á dos leguas de aquí. Acaba de pasar dos años yo no sé donde, y Enrique debe estar contento de haber vuelto á verlo, porque los dos se entienden á maravilla para censurar cuanto no es de su agrado. Las paradojas de Deschars tal vez van á divertir á usted, porque pretende volver el mundo de revés bajo el pretexto de que ha visto en otros países lo contrario de lo que se hace aquí, lo que para mí más bien es argumento para cambiar lo que hacen los otros.

—Yo no tengo proposiciones que hacer sobre el particular, y dejo á los otros en paz: nunca se me hará convenir en que el mundo sea malo como se dice, y me basta tomar con mis amigos lo mejor cuando se presenta la ocasión.

—Tal vez podríamos, dijo Claudia, reservar algo para esos otros á quienes deja usted en paz y que tienen todo el aspecto de estar en perpétua guerra para poder vivir.

—Eso es pecado de tu padrino! exclamó Domingo: pero allí viene justamente y podrá predicar en persona.

Grande fué la admiración de Puymaufray.

—Querido marqués, dijo la vizcondesa sin darle tiempo de hablar: le traigo á usted la paz entre los pliegues de mi manto: usted se disgustó conmigo en otro tiempo no sé por qué, y he aquí á nuestro amigo Harlé que pretende que todavía me guarda usted rencor. Vine á buscar sus excusas de usted y á recibir su pleito homenaje; y como leo el arrepentimiento en sus ojos, le doy mi perdón.

—Señora; me confunde ese exceso de clemencia, y todos mis esfuerzos tenderán á hacerme digno de ella. Al dar á usted la bienvenida, me es grato presentarle á mi amigo Mauricio Deschars que nos trae las noticias más nuevas del mundo!

—No se las pediré, dijo la vizcondesa riendo con un benévolo desdén, pues casi nada sé respecto á negros; y en cuanto á chinos, tengo algunos pequeñitos en la misión, y eso me basta. Per-

mítame usted, señor, admirarlo sin pruebas y bajo la palabra del señor Puymaufroy.

—Nada tendrá usted que admirar, señora, porque nunca he hecho nada admirable.

—¿Qué, no ha estado usted un mes sin beber en el desierto, vestido de blanco, con morenitos traicioneros y con tuaregs de esos que asesinan sin avisar? ¿No estuvo usted como se dice en las huellas de Stanley?

—No, señora: no exploré nada, no descubrí nada. He paseado sencillamente y no tengo por qué vanagloriarme.

—Pues lo siento por usted, contestó la vizcondesa á quien desagradaba por instinto esa modestia. Me presentaron á Stanley cuando estaba de moda, y me dió calosfrío saber que uno de sus compañeros pagó una negrita con un pañuelo de cuadros.

—Es justo excusar á mi amigo, observó Puymaufroy, cada uno hace lo que puede.

Este intruso contrariaba el primer arranque de confianza preparado por la vizcondesa en sus proyectos estratégicos. Harlé lo acogió con ardiente cordialidad, y Claudia pareció sincera al manifestarle su alegría de volver á verlo. La señora Fourchamps que estudiaba las fisonomías, no pudo descubrir sino las manifestaciones de una leal amistad, y sin embargo quedó con cierta prevención contra el joven.

Pero como á Puymaufroy era á quien había venido á buscar la vizcondesa, le dijo sus quejas en dulces reproches de amistad resentida, y luego las borró con una sonrisa. ¿Quién conocía mejor que ella el justo precio de las frivolidades del mundo y el error de juzgar por las apariencias? La vida separa á personas que debían estar aproximadas por su comunidad de sentimientos; y cuando se vuelve uno á encontrar con ellas, se asombra al descubrir que las muy ingratas la han olvidado tal vez. Todo esto á media voz, como hablando consigo misma, en tanto que los otros seguían á algunos pasos.

Parisiense experimentado que se cuida de una mujer cuanto más amable la ve, Enrique parecía entregarse á la alegría y al encanto de su sonriente vencedora; pero por su parte, la experta mujer del gran mundo, no corría el riesgo de alucinarse por éste fácil abandono, y bajo la confianza de sus palabras, se percibía una oculta reserva. Estaban pues en los preliminares.

Harlé que observaba á su amigo, pensaba alegremente: «ya se lo metió en la bolsa.» Claudia más excéptica, esperaba. Por de pronto se puso á reñir con Deschamps á quien después de las primeras preguntas de amistad curiosa, lo sujetó á tormento pidiéndole dijera qué traje de la India á sus amigas.

El viajero se obstinaba en jurar que había venido con las manos vacías, pero no se lo creían.

—No encontré nada que fuera digno de usted, decía, y no he traído más que á mí mismo, lo cual es como si no hubiera traído nada.

—Sería bastante en verdad, pero lo conozco á usted demasiado y no dudo que traerá algo además. Por lo menos unos negritos con anillos de plata en las narices, un tigre disecado, sablés, ídolos.

—No tengo nada. Habría querido traer la luz que hizo reverberar el último guijarro, pero no pude. Pienso que vino una caja de telas, pero vino en mal barco y llegará seguramente cuando menos la esperemos. Es para Naneta.

—Ya sabía yo que hablaría usted al fin, lo que me falta ahora es hacerle la corte á Naneta para que me dé mi parte.

Ardía un buen fuego en el salón de las tapicerías, donde Naneta acababa de servir el té, con pilas de galletitas doradas que hacía conforme á la fórmula heredada de sus antepasados.

Desprovista de sus abrigos la señora Fourchamps irradiaba de alegría familiar; feliz, decía, de estar libre del mundo.

—En fin, estoy en algo que no es París, exclamaba. Confieso que toda esa volatería que picotea por los patios me sorprendió de pronto, pero estas ruinas como les dice usted, marqués querido, y que he visto desde el parque, me encantan. Esto no es una decoración de ópera, sino la verdad: un bello retiro para un zuavó que se metió á ermitaño.

Ni aún el mérito tengo de haberlo elegido. Tal como lo encontré lo dejaré á Claudia, que en memoria mía lo salvará por algún tiempo del hacha y de la barreta.

—Lo que yo admiro sobre todo, es que no haya usted vuelto á extrañar el mundo: ¡debe ser gra-

to el encanto de todo esto, cuando hace olvidar tan bruscamente en París. . . . ¡A menos que no sea París el que le jugó á usted alguna mala pasada que no ha olvidado todavía. . . .

—De todo hay. De Roma y de París no conocí más que el carnaval mundano y pronto me aburrí. Ahora soy de la tierra y todo lo que piensan las almas por allá me parece disfraz de las cosas. Aquí comprendo todo, me agrada todo, amo todo; y si me atreviera diría también que la tierra me ama; de la tierra me han venido alegrías que usted no puede conocer.

—Juan Jacobo marqués de Mirabeau el amigo de los hombres. Esto es maravilloso! pero de mi parte creo que haría una campesina sin convicción, pues francamente no se puede renunciar al comercio de la gente.

—Hay gente aquí, se lo aseguro á usted:

—Cá. . . ¡Naneta, qué hasta barbas tiene!

—No se ría usted. Tiene un corazón de elevada nobleza, como no conozco otro alguno. ¿Vió usted á ese de mandil de cuero que me acompañaba y que desde que ustedes llegaron desapareció á la inglesa por los breñales? Es Pedro Queté, el charro, mi amigo. En las tardes de invierno voy á fumar mi pipa á la fragua; y sentado cerca del yunque, junto á mi perro que me ama, miro al obrero en sus luchas con el hierro, oigo al campesino que pasa, aprovecho lo que dice, respondo á sus preguntas cuando puedo, (porque algunas veces sé menos que ellos) y crea usted que esto es más sano y más divertido que el club: además tengo un pleito de treinta años en Santa Radegunda con Domingo, y un amor de veinte años con Claudia. ¿Qué más puedo pedir? Deschamps de vez en cuando regresa de los antípodas; y en fin, de más lejos de los antípodas, de París mismo, he aquí que llega usted, señora, y ya nada nos falta. Me atrevería á decir que estamos colmados.

—Como! ¿No se rehusa usted ni el placer de hacer madrígales?

—Hablo con toda sinceridad. Y nada he dicho aún de los libros, que en París ustedes no tienen tiempo de leer y que aquí devoramos con regocijo! ¿Y no son de tomarse en cuenta los espectáculos permanentes de la heredad, el hombre en el surco, la bestia, las cosechas, toda la vida de la tierra?

—Basta! Son ya demasiados goces! La pipa en casa de Pedro Queté sería suficiente para que me confesara vencida, y sin embargo, vea usted mi locura; quiero que deje usted próximamente todas estas voluptuosidades, por las tristezas de París. Desde hoy me debe usted una visita y no es usted hombre capaz de hacerse esperar.

—Me será grato, señora, estar á las órdenes de usted cuando usted guste.

No lo dudaba. Harlé, según dice, tiene cita con usted en París para un gran negocio: Claudia va á los conciertos, al Teatro y á bailar. Si usted no los acompaña, no seré yo quien pueda retenerlos, y me abrumará la ordinaria canción que precede á las partidas: la historia del padrino que se enoja y que se fastidia aquí solo. . . en las alegrías que acaba usted de describir. Usted me priva de los amigos que querría tener á mi lado: hágase usted amigo mío y véngase también.

—¿No me permite usted señora que lo sea ya?

—Preferiría yo que deseara usted sinceramente serlo.

Mientras se cruzaba este tiroteo, Harlé interrogaba vivamente á Deschamps sobre las producciones de Ceylán. ¡Cómo! ¿Hacen papel allá? Y si lo hacen ¿por qué procedimiento? ¿Es posible que un viajero venga sin informes precisos sobre el particular? Mientras hablaba la señora Fourchamps no perdía tiempo, con ojo ejercitado observaba á Claudia que sin dejar de comer sus galletas interrumpía diestramente una enumeración de los papeles extranjeros, con impertinentes preguntas sobre el diente de Buda ó sobre el pie de nuestro padre Adán, cuyos moldes pedía con exigencia.

Decididamente á la vizcondesa no le simpatizaba Deschamps que era sin duda un joven gallardo y bien parecido, con actitudes de un leoncillo en reposo. ¿Por qué bajo esa apariencia de fuerza se adivinaba en él como una fatiga, como un vago despegó de la vida? La apatía de un sufrimiento fundido en ensueños podía herir de impotencia á este fuerte y entregarlo á la insensibilidad. En el contraste de la ingenua seguridad de la mirada con la palabra vibrante, la parisiense adivinaba el combate oculto de una alma sencilla contra las mentiras convencionales en que se expande tanto de nuestras alegrías civilizadas. To-

das las encantadoras hipocrecias venían á estrellarse contra esa serena y salvaje rectitud. Claudia tenía necesidad de sonreírle á ese hombre en vez de enviarlo á sus correrías de Judío errante.

Luego la joven se aproximó á su padrino á quien observaba febril bajo su alegría de cortesano; cambió con él afectuosas palabras divirtiéndolo con sus salidas y haciéndolo reír. La señora Fourchamps pronto reconoció toda la fuerza del profundo lazo que había entre estos dos seres y consideró que evidentemente iba á encontrar una resistencia superior á sus previsiones. Después de todo, este amor de un hombre envejecido hacía una niña cuya gracia encantaba su soledad, no tenía nada de sorprendente; y este sentimiento celosamente guardado durante veinte años como la única cosa que se teme perder, no se deja sorprender fácilmente: solo queda el recurso de meter una cuña donde se pueda, y esperar que el tiempo haga lo demás ayudado de la prudencia. Los placeres de la juventud no dejarían de ocupar á Claudia y entre tanto Puymaufroy ¿podía volver al mundo? La aventura parecía eventual. En él los campos habían matado la pasión, el deseo, y adormecido toda vida. Sin embargo no le faltaban sus sueños, y precisamente París correspondía á las necesidades de esa edad.

Si se le removía cuidadosamente, el fuego podía renacer. El bello Puymaufroy ardería en resplandores supremos de incendio antes de extinguirse. Domingo Harlé y su hija serían libertados del poder temible que servía de obstáculo á la vizcondesa, y luego quién sabe cómo quedarían las cosas! El Marqués regresando con brillo al mundo, era un valor de más cuantía para un contrato conyugal que el papelerero vulgar con sus millones superfluos. La partida valía la pena de ser jugada. Pero una inquietud tenía en suspenso á la bella jugadora: este encantador Puymaufroy, tenía bajo su aparente sencillez demasiada experiencia para ser una presa tan fácil como Harlé, que por su exhuberancia presentaba blanco por todos lados á la vez mientras el otro concentrado en un único sentimiento, acorazado por un hastío universal, opondría á las seducciones de gastados atractivos, la inercia socarrona que podía desafiar cualquier plan y cualquier esfuerzo. Su secreto, si tenía alguno, parecía impenetrable. Y después de todo ¿lo tendría? La historia del asendereado vividor podía ser tan sencilla como á primera vista lo parecía, y en ese caso, era inútil ese vago temor en una mujer prevenida para afrontar lo peor. ¿Por qué pues esta aprehensión de una fuerza desconocida que escapaba al cálculo y la previsión? En la paz aparente de la mar, surge á veces del fondo una ola que devasta la rivera.

Pero todo esto no era más que imaginación, inquietud, miedo de una batalla incierta después de tantas otras. Si se fuera todo á preveer ¿dónde estaría la eventualidad de los encuentros? «Aun no he sido vencida» pensaba la vizcondesa, en tanto que Puymaufroy olvidado del enemigo, se abandonaba á la alegría de sentir á su Claudia tan cerca, ahogando en la dicha presente las inquietudes del porvenir.

Harlé acababa de convidar á Deschamps á comer, y después de un paseo en el parque durante el cual el industrial no dejó de ejercitar su verba á expensas de los enamorados de la naturaleza, se despidió para volver á Santa Radegunda.

La señora Fourchamps cuidando de las desconfinzas que pudieran existir, se guardó de interrumpir en toda la tarde las conversaciones de la ahijada y el padrino, y se impuso la tarea de conquistar al viajero, pero este se le escapaba sin las hábiles argucias de Puymaufroy. Después de las escaramusas, en que siempre acababa sin encontrar más que la coraza, acabó por pensar que Deschamps encontrándose á disgusto sobre la tierra, era una fuerza inutilizada é inutilizable de la cual Puymaufroy no podía esperar socorro alguno.

—¿Es cierto entonces le dijo ella, que usted corre por el mundo sin ir en pos de nada?

—En pos de mí mismo si usted gusta, lo cual viene á ser igual. No tengo tamaños para abrirme paso como el señor Harlé en el campo de la acción; y como nada he hecho, no tengo ni el recurso de vivir de mis recuerdos como el señor de Puymaufroy. Mi placer único es pues ver vivir á los demás, teniendo cuidado de cambiar frecuentemente de puntos vista.

—Sin correr tanto, en París no le faltarían á usted espectáculos.

—Si, pero pronto estaría yo á mi vez en espectáculo. Nuestra vieja Europa que ocupa tan poco

lugar sobre la tierra, se agita mucho y cree que eso es obrar. El Asia está poblada por razas que desprecian la existencia, y de las cuales hemos recibido una doctrina que no practicamos pero que la predicamos á grandes voces. Pues bien yo no soy de mi país á lo que veo, pues lo que sobre todo me divierte en el tumulto del mundo, es la variedad de medios que imaginan los hombres para engañar la vida. Yo mismo me olvido á veces de que vivo y eso ya es una ventaja ¿para qué despertarme á inútiles tormentos?

—Bien me guardaría yo, usted es un viajero más grande de lo que me había imaginado, porque está usted regresando de las estrellas. Viaje usted libremente, señor mío, y vea con ojos de piedad desde allá arriba, á los pobrecillos que estamos tan apegados á la tierra. Cifre usted su alegría en ver, nosotros la ciframos en vivir.

VI.

Durante todo un mes la señora Faurchamps, infatigable tuvo en constante movimiento á Santa Radegunda. Una especie de resorte de acero impulsaba en ella la facultad de querer y obrar desde luego aun después de las piores fatigas. Los conquistadores necesitan plena seguridad sobre su cuerpo; donde el alma conduce, la bestia humana debe ir. Desde el día en que María Eillard comprendió su destino, se consagró por un método dominador, á disponer de todos sus recursos de energía para la gran *steepie chase* de que esperaba las eventualidades. Su cuenta de fatigas corporales la consideraba como puesta en un banco mercantil, y una higiene cuidadosa prevenía los riesgos ó los reparaba. Alegría ó dolor, las grandes emociones que se traducen por espasmos musculares, habían sido, por una decisión soberana de su vida, suprimidas para siempre.

Por consiguiente nada de lágrimas, sucediera lo que sucediera, y nada de alegrías vivamente manifestadas. En todas las cosas, la sonrisa convenientemente medida, y con eso había bastante. Su vida entera estaba concentrada en el único placer de reinar porreinar, sin otro provecho personal que el de pensar, no que ella estaba muy arriba, sino que los demás estaban muy abajo, y hasta para eso era necesario á veces conformarse con las apariencias.

Corriéndolo por los caminos para perseguir la caza de Hauteroche, y dándole toda la rienda á su caballo para llegar primero á la meta, imponiendo su visita á Deschars poco deseoso de exponer su rústica morada á sátiras y burletas, jugando en el salón con su abanico y abandonándose á las poesías de la tierra, la vizcondesa ponía todo su arte en hacer reconocimientos sobre la plaza que iba á asaltar, y según la tradición del gran siglo, inauguraba el sitio con músicas y sin abandonar nada de su belicoso ardor en la fiesta. Quiso ser amiga de Naneta y lo fué con el empeñoso apoyo de la señora María Teresa (curiosa falta de perspicacia en una inteligencia que estaba siempre en guardia) y empleaba toda su diplomacia en aprobar cuanto decía ó hacía Puymaufrey, sin temer que se le pudiera estar jugando el mismo juego.

Naturalmente Naneta le hizo la mejor acogida, la colmó de rústicas adulaciones prestándose á todo cuanto quería, y desembuchándole en un arrebatado de expansión el gran secreto del señor marqués.

—Ama mucho á Claudia: no es de extrañarse ¡su ahijada! La vió nacer, y le dará mucha tristeza cuando se nos case, lo cual me parece que no tardará mucho tiempo, Pero eso no tiene remedio. ¡Ah! si la señora vizcondesa lo pudiera distraer! ¡Qué buena idea la de llevarle á París! Era conveniente tratar de tenerlo allá por algún tiempo, si se podía. Aunque bien visto no había de ser tan difícil puesto que se iba á encontrar justamente en medio de aquellos á quienes amaba y de quienes era amado ¡qué buena sería la señora vizcondesa si quisiera ayudar á Naneta á salvar al señor marqués de la triste vejez que le esperaba!

Era muy importante contar con ese apoyo, pensaba la noble dama; pero ¿había averiguado lo que quería? Tal vez, y entonces no había nada que temer. Entonces ¿por qué esa audaz confianza en los ojos de Puymaufrey? Y redoblaba sus demostraciones de amistad á Naneta que de su parte se derramaba en abundantes palabras, sin traer nuevas luces al obscuro debate del porvenir.

Por las tardes, al lado del fuego, cuando Enrique volvía de Santa Radegunda y lucía un aspecto de triunfador; la viejecilla se entregaba á la alegría de irónicos comentarios.

—Tiene usted suerte, señor Enrique siendo amado por esa parisiense como lo ama la vizcondesa por que está muy enamorada al parecer, pues no habla nunca mas que de usted; vamos ¡que le tiene á usted ley! Pero lo que es con esos amores se complica otra idea.

—¿Y qué idea quieres tú que se complique?

—No lo sé. Puede ser un marido para Claudia, marido que no sea de la devoción de usted. No ha de ser por mí por quien ella ha hecho el viaje á Santa Radegunda; el señor Harlé está desvanecido con su vizcondesa, pero es á usted á quien ella dirige todas sus miradas ¡quién sabe si también pretenderá ser marquesa! Pero además creo que tiene alguna otra mira.

—¿Qué es lo que tú piensas?

—No podría decirlo por que no lo sé; pero veo con desconfianza que se muestra demasiado amigo de nuestra niña, y nuestra niña debe entrar de algún modo en sus proyectos. El señor Harlé no sería para ella un buen partido. ¿Qué quiere pues?

—Hay una cosa segura y es que necesitamos defender á Claudia.

Claudia se estaba defendiendo muy bien sola y sin esfuerzo, pues ningunas tentaciones terribles le venían todavía. Prematuramente plétorica de placeres, nada la solicitaba aún de las impaciencias de su edad. Se le había enseñado un mundo donde el dinero lo es todo, lo hace todo, lo puede todo, y ella tenía dinero, juventud y belleza. Así pues reinaría. ¿Sobre quién? No importaba. El porvenir le parecía tan bello, que cifraba su orgullo en que no necesitaba mas que extender la mano para cojerlo y pensaba que la vida venía á ella gozosa con la voluptuosidad de hacerla feliz. ¿De dónde podría venirle el presentimiento de un dolor? Sin duda había otros que sufrían y esto la afligía sinceramente, pero estas desgracias de un mundo extraño, no repercutían en su alma con demasiada fuerza. Cuantas ocasiones tenía de manifestar su generosidad superior, la afirmaba deliciosamente en la convicción de que poseía la virtud de la piedad hacía los miserables que Dios ha colocado expresamente bajo nuestros pies.

Como el dinero no le costaba nada, Claudia daba dinero y daba también palabras de bondad que le venían á los labios por emoción de un corazón que el farisismo no había todavía acorazado bien.

Para converse ese corazón, necesitaba el choque de las miserias visibles, el horror de las llagas sangrientas, las quejas, las súplicas, los gritos de desesperación. El dolor mudo, la miseria ignorada, no la conmovían aún por que no había tenido la educación del dolor ni la inquietud de desgracias posibles?

Las privaciones sufridas por otros, las alegrías del sacrificio, eran palabras que no tenían sentido en una vida semejante. Sin duda que tales cosas podían servir para motivo de predicaciones, pero no tenían aplicación en una niña que para po-

nerse bien con Dios y para obtener todas las indulgencias de la Iglesia, sabía que no necesitaba más que pagar cantidad determinada. El cumplimiento de los ritos, el socorro á los pobres de sacristía bajo la forma de dones que no representaban renuncia de nada, tal era la mecánica de la salud divina que se le había aconsejado y que era muy compatible con cuanto había oído decir sobre bondad desinteresada. Se le dice al rico, da; y al pobre: resignate. El uno da mal y el otro no se resigna, y eso consiste en que la dádiva del rico no es por lo común sino un empírico aseguramiento contra la falta de resignación del pobre, no el acto de abandono generoso que aconseja la sublime religion del predicador de Judea. El egoísmo satisfecho se pone en guardia contra los egoísmos por satisfacer y en eso consiste la guerra social que se ha desencadenado porque la predicación actual del sacrificio, mientras se practica una insensibilidad estoica ante los infortunios del prójimo, no es más que una decoración de estética social como esas fórmulas de adhesión banales de que se envanece nuestra literatura epistolar.

Claudia no podía ver muy lejos y se creía sinceramente buena, porque daba y se sentía conmovida ante las formas más visibles de la desgracia. También los esfuerzos del padrino para elevar las caridades vulgares hasta el refinamiento de compasión penetrante, le parecían oscuras sutilezas de un solitario melancólico que contrastaban con las facilidades de bondad que provenían de las riquezas paternas.

A través de todo, la feliz disposición de una alma recta pero flexible, resistía á las sugestiones perniciosas de las fuerzas de *clase*. Incapaz de rebelión contra la gerarquía de los fuertes dispensadores de las alegrías de este mundo, Claudia inconscientemente y para salvaguardia de sí misma, combatía contra las seducciones que la atraían con brillantes ventajas en la toma de posición de una parte de la humanidad por la otra. Dispuesta por la educación de su vida á la aceptación fácil de las venturas de algunos, en medio de las desgracias de las multitudes miserables, la niña buena por naturaleza, intacta apesar de los primeros asaltos del mundo, podía aún ser salvada.

Al grito de Puymaufrey invocando al auxilio supremo de su madre, una instintiva esperanza se le había aparecido y se había arrojado en precipitado arrebatado á los brazos abiertos que se le ofrecían como asilo contra las ilusiones dichas que el mal le debería fatalmente devolver en repercusión de desgracias. Sin vacilar, sin de librar, sin temer se había entregado al gran corazón que la llamaba, la quería y la defendía además. Admirada al apercibirse de que hasta allí había estado sola entre el ruido de su séquito, gozaba ahora de la facilidad profunda de vivir plenamente con dos corazones, feliz de una debilidad que la entregaba confiada al poder protector de un amor absoluto.

Continuará.



PAGINAS DE LA MODA.



TRAJE PARIENSE DE CALLE

El Hogar y la Moda

Por lo mismo que en distintos artículos, venimos tratando de la moda en sus relaciones con la mujer y la sociedad, procurando que resalten las ventajas que la misma, bien entendida, ofrece á sus devotos, justo nos parece también discutir sobre las relaciones establecidas entre la moda y el hogar, útiles como ningunas, y muestra evidente así mismo de la cultura alcanzada por nuestros tiempos.

El gusto moderno, es decir la moda, tomando de todas las épocas, enlazándolas entre sí, de acuerdo con la industria, dicta leyes harmónicas y provechosas para el mueblaje de las casas y merced á ella se emancipan nuestras viviendas de enojosos y rutinarios tradicionalismos, pues dentro de un gusto risueño y sencillo, las casas modernas ostentan muebles pequeños, fáciles de manejar, coquetones, caprichosos, habiéndose desterrado de la esfera elegante entre otros incómodos muebles, el vetusto y amplio sofá, en el cual sentadas dos ó tres personas como en lugar preferente, no podían sostener entre sí una conversación, sin

indudable molestia. La moda sustituye el sofá, por la reducida marquesina, *le dos á dos le vis á vis*, muebles caprichosísimos que se prestan á las exigencias de una visita y hacen amena toda conversación y confianza.

También arroja lejos de sí el discreto gusto de nuestros días, aquellos monumentales sillones, entre cuya inmensidad, casi desaparecía la figura humana: hoy almohadones, sillas bajas, butacas fáciles de trasladar de un sitio á otro, llenan á maravilla los huecos de las habitaciones, dándoles un aspecto de cómoda elegancia, cuyo secreto en vano buscaron las gentes de otras



Traje para niña de 6 á 8 años

Traje para niños de 1 á 3 años

Traje para niños de 3 á 5 años.

edades. Y lo que decimos respecto á los salones, pre- de aplicarse á las demás estancias de la casa, con lije- ra variante de criterio, toda vez que la elegancia de esos deliciosísimos muebles modernos, estriba, bajo el influjo de la moda, en su estructura y proporciones, no en la tela de que se hallen revestidos. De modo, que á todos nos alcanzan esas solicitudes de la moda, porque á todos nos es fácil, de manera relativa, la ad- quisición de esos muebles modernos, que por su co- modidad y risueño aspecto hacen grata, dulcísima, la permanencia en el hogar, centro de las mayores di- chas de la tierra.

Precisamente de idea en idea, venimos á parar en algo que defiende á la moda de muchos ataques, cuando se la acusa. en lo relativo á trajes y á superficiali- dades de apartar á la mujer del hogar, para arrastrar- la al aturdidor torbellino del mundo. No es así ciertamente, y menos lo será todavía, cuando se sepan des-

denar el espíritu inquieto del hombre, sus- trayéndole al absorbente casino y á las demás diversiones, un tanto ó mucho, divor- ciadas de la d. cha íntima.

La moda, al penetrarse de todas las necesi- dades del hogar y también de todas las de- licadezas en que abunda la vida en familia, si ha de ser grata, facilita á la mujer inteli- gente la solución de muchos problemas que antes considerara extremadamente di- fíciles. La amable consejera, que tanto in- fluye en la confección de un vestido desti- nado á lucirse en deslumbradora fiesta, no podría, incompleta su tarea, abstenirse de proyectar sus reflejos en la casa, siendo tam- bién en los detalles domésticos consejera discretísima, nunca apartada de esa econo- mía relativa que forma, por decirlo así, la

base más firme de las sociedades modernas, de continuo solici- tadas por multitud de atenciones. Por eso la moda al indicarnos le hechura de los muebles y su relativa economía, reviste el ho- gar de aspecto por demás risueño y cómodo, y para conseguirlo en absoluto al par de las nociones elegantes que infatigable nos prodiga, sabe también darnos consejos de higiene y de orden, que mucho sin disputa influyen en el bienestar y prosperidad de las familias.

Basta un detalle para demostrarlo. Como la moda es cosmo- polita y de todos los países solicita elementos para mejor lle- nar su misión, la grave moda inglesa, que es la más práctica de las modas, inspirándose en las reglas elementales de la higie- ne, escoje de la casa las habitaciones más sanas, espaciosas y ale- gres para que en ellas viva la familia con la debida holgura; pues bien, poco á poco y á ello se inclina la corriente, quedará destruida la preocupación reinante en México, de no disfrutar de las mejores estancias de la casa, por destinarlas á las visitas, mientras la familia pasa el día en otras menos acondicionadas á las exigencias á la salud y del bienestar. En buena hora que destinemos una sala ó varias para recibir; pero importa que estas no sean las mejores de la casa: no es cuerdo sacrificar á la vanidad de una hora, las comodidades del día entero.

Los humanos, como los pájaros, necesitamos aire, espacio, luz; sin ser completos esos elementos, podemos en verdad vivir; pe- ro no resulta fácil la conservación de la salud, y teniéndolo en cuenta, siempre menos frívola de lo que parece, la moda aspi- ra á remediar esas deficiencias que tanto nos perjudican, desprendiéndose para ello si es necesario y á medida que se

compenetra del progreso y de las exigencias de los días de aquellas apariencias atur- didoras desprovis- tas de buen senti- do, que le legaron edades menos prácticas y menos adelantadas, y persiguiendo, por el contrario, in- cansable, y solici- tando á este afecto el concurso de diversidad de paí-



Traje princesa con pliegues.

ses, el adorable fin, síntesis de sus anhe- los, y reivindicación completa de susten- dencias, todas en- caminadas tanto á hermosear á la mu- jer, gala y ornato de los salones, co- mo á hacer fácil y agradable la estan- cia en el hogar.

JOSEFA PUJOL
DE COLLADO.



NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARISIENSE DE CALLE.

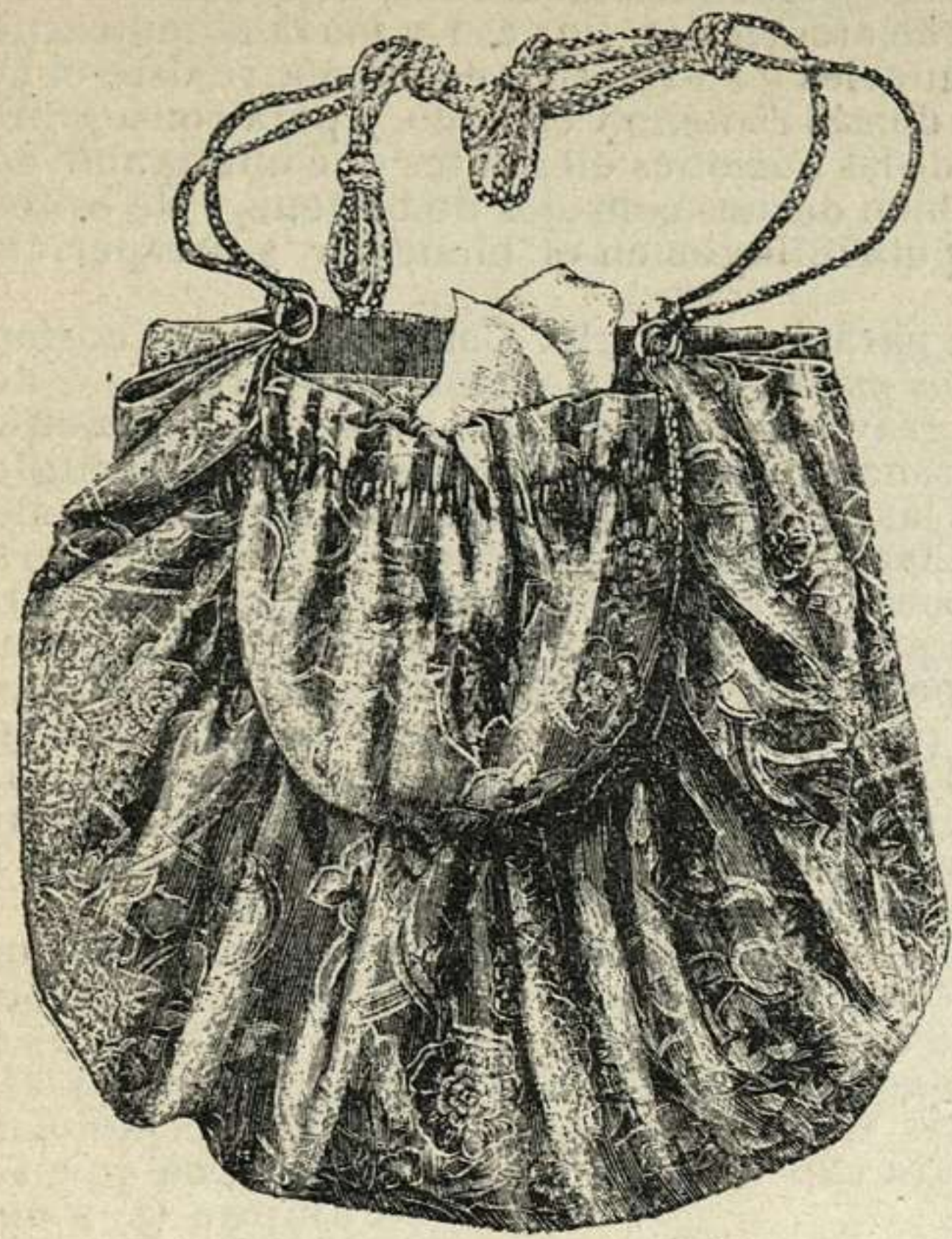
Hay muchas y encantadoras toilettes dignas de verse en esta época del año, que es la desig- nada para recibir y visitar. Una de ellas, sobre todo, es demasiado atractiva. Está hecha de ven- galina verde, género que se presiente estará muy en boga en la próxima primavera, y lleva una gran aplicación de bordado. La falda no es muy ancha ni muy vistosa, pero alcanza una adorable perfección y cae de una manera muy cómoda y muy graciosa sobre las caderas. La aplicación de bordado hállase á uno y otro lado del frente y luego continúa al rededor de la fal- da. Esto constituye un hermoso modelo, pero que, debemos advertirlo, tiende á hacer aparecer



Blusa para teatro

Traje para concierto ó para teatro

Traje con blusa rusa



Bolsa de estambre

menos altas á las personas. El cuerpo es rígido y hermosamente guarnecido con un peto ó plastron de gran efecto, hecho todo de blanda y bordado, que da al busto cierta rigidez admirable. Tiene piezas de jacket á cada lado, hechas del mismo material del vestido y completamente cubierto por el bordado. Hay un cinturón de terciopelo negro con vuelillos bajo los remates de los extremos del frente. Las mangas son pequeñas, con una banda de bordado cerca de las hombreras, y terminadas con una aplicación de terciopelo punteado.

Con este traje se usa una toca bordada con el mismo material que la falda. A la izquierda hay tres nudos y algunas plumas blancas.

TRAJE PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.

Un cheviot verde obscuro es el género más adecuado para un traje para niñas de seis á ocho años. El cinturón lo forma una cinta verde de moiré de 1 centímetro de ancho y adornan el traje listones del mismo color.

El talle se cierra en la espalda. Las mangas no deben ser muy largas y la parte inferior la adornan tres vueltas de cintas, lo mismo que la parte baja de la falda, pero en dos hileras.

TRAJE PARA NIÑOS DE 1 Á 3 AÑOS.

Para hacer este trajecito y que quede vistoso se utilizará de preferencia un género á cuadros. La abertura va adornada con una cinta de tres y medio centímetros de ancho de terciopelo color rojo obscuro y la orilla de esta con un encaje fino. Las mangas son cortas y la parte inferior va también adornada con una cinta de terciopelo y encaje.

TRAJE PARA NIÑOS DE 3 Á 5 AÑOS

Para hacer este traje se utiliza de preferencia un cheviot azul obscuro, y para que quede vistoso va acompañado de un chaleco blanco de piqué.

De este chaleco se puede prescindir si se desea. Un cinturón de seda negra sujeta el pantalón. Las polainas se hacen de un piqué blanco y sujetan también el mismo.

El cuello del saco es ancho. Las mangas van sin adorno, llevan solamente en la parte inferior tres botones, iguales á los que tiene el saco en ambos lados, pero no se utilizan para abrocharse, sino sirven solamente de adorno.

BLUSA PARA TEATRO.

Para la hechura de una blusa para teatro es preferible escoger un moiré color de rosa. Esta blusa va abierta con un buche



Cesto para periódicos

de crepé rosa guarnecido con cintas transversales de seda ó terciopelo azul Atlas. Este buche va unido á la blusa hacia el lado derecho, dejando el otro para abrocharse. Las orillas del buche van adornadas con encaje fino y guarnición color rosa.

La serpentina de la blusa es 12 centímetros ancho y forma sobre el talle un gracioso lazo. Los globos de la manga deben ser pequeños, bajando ajustada la manga. Un listón de moiré rosa de 13 centímetros forma la corbata sobre el cuello, lo mismo que el cinturón.

TRAJE PARA CONCIERTO Ó PARA TEATRO.

La tela más propia para este traje es de seda negra y blanca á rayas anchas como lo indica la figura del centro de nuestro grabado.

El globo de la manga como se ve es casi un bullón, que cae sobre el hombro. El cuello lo forma un peto de gasa de seda negra bordada en blanco y un listón ancho de seda negra. Las



Traje con cuello ancho



Sobremesa

Nuestro grabado representa el traje visto de frente y por la espalda.

TRAJE CON CUELLO ANCHO.

En la hechura de este traje se emplea un género cuyo tejido sea elástico, va adornado con galones negros de dos centímetros de ancho, acompañados de un plissé del mismo ancho formado de cinta negra Atlas.

La falda y la blusa están separadas. El talle lo forma una cinta de seis centímetros de ancho. Las mangas deben ir bien largas y llevan los mismos adornos que el traje.

El cuello como se ve en el grabado es ancho y lleva sus respectivos adornos.

BOLSA DE ESTAMBRE

Para hacerse una bolsa como la representa nuestro grabado no se necesita que sea de seda, sino simplemente puede emplearse el estambre.

Este es un objeto sumamente útil para una señora y no debe faltar en ninguna casa, ya sea en la mesa del trabajo ó en el dormitorio.

Ante todo debe verse que el material esté liso. Junto al tejido debe añadirse una pequeña bolsita para que allí sea el lugar del pañuelo.

CESTO PARA PAPELES

Este cesto deberá ir pintado de un color verde obscuro y tener una altura de treinta y seis centímetros. El adorno consiste en que entre las rejillas se hacen tres cintas de un color verde claro de diferentes tamaños, y al terminar forman dos lazos para que queden aseguradas como lo indica el grabado.

CARPETA DE MESA

Se toma un género cualquiera pero de color vivo y se le da la forma de un cuadrado, midiendo cuarenta y siete centímetros por cuarenta y ocho. Se bordea de encaje muy fino y luego se va dibujando, sobretodo con cinta delgada, augurando cada figura con hilo, según lo indica el grabado.

BLOCK DE APUNTES

El block que reproducimos mide catorce cm. de altura por seis y medio de ancho. Este se hace de un pedazo de cartón y en seguida se le forra con un cuero fino. En la parte inferior se le colocan dos esquinas de cuero y en la parte intermedia se asegura una tira de cuero de un centímetro de ancho en la que va la inscripción «Memorandum.» Tanto esta tira como las esquinas sirven para sostener la pizarrita de porcelana para hacer los apuntes.

En la parte superior se pinta sobre el cuero flores ó lo que más le agrade, al que tenga el deseo de hacerse un objeto como el que acabamos de describir.



Block para apuntes

OTRO PAGO DE \$1,000.00

DE «LA MUTUA»

El día 2 de Diciembre de 1897 en Puebla

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$1,000.00—un mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número setecientos cincuenta y ocho mil cuatrocientos treinta y ocho, bajo la cual y á mi favor, estubo asegurado mi finado esposo, Señor Don Próspero Valdés, y para la debida constancia, en mi carácter de beneficiaria, nombrada en la póliza, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación, en Puebla, á 2 de Diciembre de mil ochocientos noventa y siete.

Firmado.—CARMEN BRAVO VDA. DE VALDES

El infrascrito Notario Público, certifica que hoy la señora Carmen Bravo, viuda de Valdés, á quien conozco, suscribió ante mí el recibo que antecede, ratificando al mismo tiempo su contenido. Doy fé también de que la entrega de los un mil pesos á que se refiere el propio recibo, fueron entregados en mi presencia y la de los testigos instrumentales.

Para los efectos legales, pongo el presente en Puebla, á dos de Diciembre de mil ochocientos noventa y siete, siendo testigos los Sres. José Luis Valdés y Fernando Pérez, mayores de edad y vecinos de esta ciudad. Doy fé.

Firmado.—BENJAMIN DEL CALLEJO.